

RAQUEL,

TRAGEDIA EN TRES ACTOS.

7-1a SU AUTOR

DON VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA.

PERSONAS.

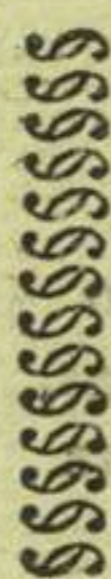
Alfonso Octavo, *Rey de Castilla.*

Raquel, *Judía.*

Ruben, *Confidente de Raquel.*

Hernan García de Casto, *Rico Hombre.*

Alvar Fañez, *Idem.*



Garcerán Manrique de Lara, *Idem.*
Castellanos.

Guardia del Rey.

Acompañamiento de Judíos y Judías.



ACTO PRIMERO.

En el antiguo alcázar de Toledo salon comun de audiencia, con silla y dosel Real en su fondo. Salen Garcerán Manrique y Hernan García

Man. **T**oda júbilo es hoy la gran Toledo:
el popular aplauso y alegría
unidos al magnífico aparato,
las victorias de Alfonso solemnizan.
Hoy se cumplen diez años, que triunfante
le vió volver el Tajo á sus orillas,
después de haber las del Jordan bañado
con la persiana sangre y con la egipcia:
segundo Godofredo, cuya espada
de celestial impulso dirigida,
al cuello amenazó del Saladino,
tirano pertinaz de Palestina;
cuando el poder, y esfuerzo castellano
cobró en Jerusalem la joya rica

del Sepulcro de Cristo con dedoro
del frances Lusignan antes perdida;
y hoy tambien hace siete, que pos-
trado

el orgullo feroz de la morisma,
le aclamaron las Navas de Tolosa
por sus proezas Marte de Castilla:
y ofreciendo los bárbaros pendones
por tapetes del templo de María
perpetuó de la hazaña la memoria
con la celebridad hoy repetida.
En confuso tropel el pueblo corre
por ver á su monarca, que este dia
dejándose gozar de sus vasallos,

hacer mayor la fiesta determina.

La corte toda al templo le ha seguido:
y pues que nuestra falta conocida
no podrá ser en tanta concurrencia,
esperemos en estas galerías

á que vuelva, si quiere honrar el lado
de Garcerán Manrique, Hernan García.

Garc. Sí, Garcerán: agradecido admito
tu cortés expresion; mas no repitas
memorias, que ó del todo están borradas,
ó tan notablemente obscurecidas.

Esperemos, sí, á ver con indolencia,
que en tan enorme subversion prosiga
el desórden del reino y su abandono,
del intruso poder la tiranía,

el trastorno del público gobierno,
nuestra deshonor, el lujo, la avaricia,
y todo vicio en fia, que todo vicio
en la torpe Raquel se encierra y cifra:
en ese basilisco, que de Alfonso
adormeció el sentido con su vista
tanto, que solo son sus desaciertos
equivocas señales de su vida.

Siete años hace que el octavo Alfonso
volvió á Toledo en triunfos y alegrías,
y esos hace tambien que en vil cadena
trocó el verde laurel que le ceñía.

¿Pues cómo, cuando dices sus hazañas,
Garcerán, no repites la ignominia,
conque hace tanto tiempo que en sus lazos
enredado le tiene una judía?

¿Cómo, cuando sus triunfos nos refieres,
la esclavitud ignominiosa olvidas
de la plebe infeliz sacrificada
de esa ramera vil á la codicia?

Cómo de la nobleza y de sus fueros
omites el ultrage y la mancilla?

Reina es Raquel: su gusto, su capricho,
una seña no mas ley es precisa
del noble y del plebeyo venerada.

Estas hazañas añadir debias
á la historia de Alfonso, si te precias
de ser, ó Garcerán, su coronista.

Man. Permítame admirar el que así olvides
la obligacion, Hernando, de la antigua
nobleza de tu sangre. Los leales
jamás acciones de su Rey critican,
aun cuando el desacierto los disculpe.
Los Reyes dados son por la divina
mano del cielo; son sus decisiones

Leyes inviolables, y acredita
su lealtad el vasallo, obedeciendo.

Quien sus obras censura, quien aspira
á corregir sus yerros, el derecho
usurpa de los cielos, y aun vendria
á ser audacia atroz...

Garc. Cuando se aparta
de lo que es justo el Rey, cuando declina
del decoro, que debe á su persona,
lealtad será advertirle, no osadía.
En el excelso trono es donde debe
resplandecer mas tersa la justicia;
y un Rey con sus acciones mayor cuenta
debe tener: que el vicio que sería
apenas conocido en las cabañas,
si en los palacios reina, escandaliza.

Man. El que profiera quejas....

Garc. No me quejo

de Alfonso yo: lamento la desdicha
de este reino infeliz, presa y despojo
de una infame muger prostituida:
del Rey el ciego encanto, las prisiones
conque esta torpe hebrea le esclaviza:
la soberbia, el orgullo, el despotismo
conque triunfa del reino cada dia.

La primera persona de la corte
es Raquel: á su obsequio se dedican
los grandes y pequeños, que presumen
ser las bajezas puertas de la dicha.

Quién, Garcerán no teme, aunque su ilus-
nacimiento y conducta le distingán, (tre
caer en su desgracia? De su arbitrio
penden honor, hacienda, fama y vida:
agotados del reino los tesoros
tiene su profusion: su altanería

por sumision, adoracion pretende;
besarla el pie, doblarla la rodilla,
el medio de medrar es en la corte.
Y esto los ricos hombres de Castilla
deben sufrir? Es esto ser leales?
esto no es lealtad, es villanía.

Manr. Conozco tu razon; veo que Alfonso
hácia su perdicion se precipita:
de Raquel la injusticia considero:
pero Alfonso es mi Rey: Raquel me obliga
con beneficios: fiel y agradecido
debo ser á los dos; que ofenderia,
si obrara de otro modo mi nobleza.
Mas Raquel sale.

Garc. Qué desvanecida

la tiene su privanza y su fortuna!

Manr. Qué belleza tan grave y peregrina!

Garc. Y qué bien entre godos capacetes parecen, Garcerán, tocas judías!

Salen Raquel, Ruben y acompañamiento de judíos y judías.

Raq. O Garcerán!

Man. En hora buena salga á dar esmalte nuevo al claro día la aurora de Toledo. Tantos siglos goces esa beldad, Raquel divina, cuantas arenas de oro el rico Tajo revuelve en sus corrientes cristalinas.

Garc. Qué torpe adulacion!

Raq. Tanto agradezco, Manrique, tu atencion, cuanto me admira ver, que los ricos hombres desamparen de Alfonso el lado en tan notable día; y ociosos en las cuadras de palacio asistan, cuando fuera mas bien vista la asistencia á su rey, en los que tanto se precian de leales.

Garc. Qué osadía!

Man. Yo... Raquel... Mi respeto...

Garc. Su respeto *á Manrique.*
los nobles á su Rey solo dedican.
á Raquel.

Cuando Alfonso en la Navas de Tolosa esgrimíó contra alarbes la cuchilla; ó cuando los persianos escuadrones en los campos domó de Palestina, entónces le seguí, sin que á su lado faltase mi persona noche y día.

Mas ahora, que en fiestas se entretiene; que no hay fieros contrarios que le envis- y que guerras de amor solo sustenta, (tan; no ha menester, Raquel, mi compañía. Tropas de adladores le acompañen de tantos que alimenta la codicia, mientras viva en su corte: que en campaña siempre el primero fué Fernan García.

Raq. Qué presuncion tan fiera! Tus razones bien la aspereza bárbara acreditan de tu rústica cuna, y tu crianza. Lo inculto de los montes de Castilla no llevan fruto menos desabrido que tu barbaridad y grosería. Patria de fieras, y de atrevimientos han sido siempre: bien lo califica la avilantez conque de Alfonso el nombre

ha insultado tu voz. Y si se fia en su piedad el grave desafuero, conque á él te atreves, advertir debias, que aunque piadoso es rey: que de su arbi- dependen las fortunas y las vidas: (trio y no están muy seguras las del necio, que no teme á Raquel por su enemiga.

Garc. Qué vanas amenazas! Los vasallos que como yo su lealtad confirman con tantas pruebas: que su sangre illustre en defensa de Alfonso desperdician: aquellos que en sangrientos caractéres de heridas por su nombre recibidas llevan la egecutoria de sus hechos sobre el noble papel del pecho escrita, ni temen amenazas, ni calumnias, por mas que les combata la malicia. Pero á tí, á quien estéril de esos montes el terreno parece, es bien que diga, (para que de un error te desengañes) que á esas montañas que desacreditas, la libertad de España se les debe; que en el alarbe yugo gemiria por ventura hasta hoy, si su aspereza no hubiese producido esclarecidas almas, que con valor y atrevimiento sacudiesen del cuello la ignominia. Y no cansado su feraz terreno espíritus produce todavía, que el vicio y la maldad abominando, poderla derribar al fin corrian del supremo lugar, del alto asiento que tan indignamente tiranizan. *Vase.*

Ra. Qué esto sufra! qué siendo yo de Alfonso dueño absoluto, (acábenme mis iras) (so á ultrajarme se atreva así Fernando! Visteis tal libertad, tal osadía? De qué el poder me sirve, si á mis plantas no ofrece el labio, la cerviz no humilla? Pero hoy verá Toledo con asombro castigadas sus locas demasías. O cuánto Alfonso tarda! Ya el deseo de ver sus altiveces abatidas impaciente me tiene. Tú, Manrique, advierte luego á Alfonso.

Man. Si te obliga con esto mi obediencia, ya te sirvo. *Vase.*
Ra. Ruben, soy yo Raquel? Soy quien solia en el alma de Alfonso, y en su corte ser adorada en vez de obedecida?

Soy quien las riendas del gobierno tiene en sus manos? quien premia, y quien castiga? Sácame ya, Ruben, de tanta duda: (ga? que al verme así ultrajada y ofendida, mi poder y mi suerte desconozco, y pienso que no soy la que solia.

Rub. No al enojo la rienda, Raquel bella, sueltas así. De Hernando la osadía honras con tu pesar. Yo te he criado; por mi astucia, Raquel, y mi doctrina te has dirigido en toda su privanza, desde el dia feliz, en que rendida al imperio quedó de tu hermosura de Alfonso octavo la soberanía.

Que acertados han sido mis consejos, sus felices efectos acreditan.

Esta verdad supuesta, la venganza no está en tu mano? Pues por qué fatigas tu corazon con tales sentimientos?

Muera Fernando, muera quien irrita á Raquel; y si el reino se le atreve, libre de su rigor no quede vida;

pero sea, Raquel, con disimulo: no armes con amenaza la malicia: sientan el golpe los que te ofendieren,

primero que el amago de tus iras; Alfonso cuanto pides te concede:

su corazon, su cetro y monarquía riges á tu albedrío. Pues si tanto te puedes prometer, en qué vacilas?

Muera Fernando, el pueblo, la nobleza, y si te ofende, abrásese Castilla.

Ra. Abrásese Castilla, y muera Hernando: sí, Ruben; mas tan graves demasías no deberán sentirse?

Rub. No lo niego: mas deberán hallarte prevenida. Siempre el favor persiguen enemigos, que es la privanza madre de la envidia. Los ricos hombres tienes agraviado; pues los honores que á ellos se debian, por tu mano se dan á los hebreos.

Si los ofendes tú, qué maravilla es que se quejen ellos? Mas ya el ruido manifiesta, que Alfonso se aproxima.

Ya llega.

Raq. Ahora de mi justo enojo tendré satisfaccion; verá García, si se ofende á Raquel impunemente, y si es bien temerario quien la irrita.

Salen Alfonso, Manrique, Alvar Fañez y acompañamiento.

Alf. Aplíquese al desórden el remedio, Alvar Fañez, si da lugar la ira al discurso.

Ra. Admitid, amado Alfonso, (*de rodillas*) una alma ...

Alf. Raquel, calla: no prosigas: *apartándola* no cuando el corazon en iras arde, ahogue las venganzas que fulmina.

Segunda Troya al fuego de mi enojo ha de ser hoy Toledo: quién creeria tan audaz desacato? Se ha olvidado Castilla, de que Alfonso la domina?

Sabe que aquesta espada, a queste brazo es segur de la parca contra vidas de traidores? y qué... Pero, qué dudo?

Lugar no quede, puesto no se omita sin examen: procúrese el aleve autor de aquella voz tan atrevida,

tan indigna de pechos castellanos: los cómplices se busquen que la animan:

que a mi poder protesto, y á los cielos, que el grave desacato escandaliza, que ha de ser mi venganza y su castigo

acombro de Toledo y de Castilla.

Parte tú, Garcern: los se liciosos asegura si puedes ó averigua,

que ha de ver hoy España; y todo el orbe si Alfonso octavo de quien es se olvida.

Man. No quedará lugar que no se inquiere en busca del traidor. *Vase.*

Alvar Fañ. Tan conmovida está Toledo, que será difícil poderla sosegar.

Alf. Pues mientras rija este brazo el acero victorioso, rayo que intentos bárbaros derriba, tiemble Castilla, España, Europa, el orbe de Alfonso la venganza.

Raq. Sumergida estoy en confusiones.

Alf. Tú, Alvar Fañez, sígueme.

Ra. Así, Alfonso, de mi vista *deteniéndole* sin oirme te apartas? En qué culpa ha incurrido mi amor? Tú te retiras de mí, grave y severo? Qué mudanzas son aquestas, Señor?

Alf. Nada me digas;

¡Este es ser Alfonso desdichado,
y Raquel la ocasion de sus desdichas.

Vase con el acompañamiento.

Raq. Ay de mí, qué he escuchado! Tú Al-
explicame este arcano. (var Fañez,
Alvar Fañ. Pues te avisan

que eres tú la ocasion de tantos males,
la respuesta te puedes dar tú misma. *Vas.*

Raq. Estoy despierta, ó sueño por ventura?
A Ruben.

Rub. No sé, Raquel: la misma duda agita
mi discurso y razon, imaginando
que es cuanto he visto, sueño ó fantasía.

Raq. Qué especie de dolor tan inhumano
es este, ó corazon, que por primicias
de los males y sustos que me aguardan,
me ofrece la tirana suerte mia?

Quién de tanto favor se prometiera
tan no esperada, tan mortal caída?

y quién, hecha, fortuna, á tus halagos
pudiera recelarse tal desdicha?

Alfonso me aborrece: sus desvíos
de mis temores la verdad confirman:

pues cómo podrá ser ya venturosa,
la que se ve de Alfonso aborrecida?

qué necio quien se fia de la suerte,
sin advertir, que el tiempo y que los dias,
que ciudades destruyen y edificios,
favores y privanzas aniquilan!

Qué causa puede haber, amado Alfonso,
para tanto desvío? mis caricias

en qué te han ofendido, que por premio
solo odio y desagrado se concilian?

Mas ay de mí! que en vano me desvelo,
en buscar la ocasion de mis fatigas;

pues la suerte que empieza á perseguirme,
por doblarme el dolor, querrá encubrirla.

Rub. Así, Raquel, tu corazon desmaya
en tan fuerte ocasion, donde es precisa

la constancia mayor? En los principios
si un mal, aunque sea leve, se descuida,

fuerzas del abandono va cobrando,
que el remedio despues inutilizan.

Reciente es este mal; aun se está en tiempo
de poderle acudir; quien averigua

la causa de un dolor, con mas acierto
aplicarle podrá la medicina.

Inquiérase, Raquel, de esta de gracia
la ocasion; que de pues de conocida,

si no cede á remedios ordinarios,

buscará los extremos mi malicia.

Ra. Bien, Ruben, me aconsejas: en qué du-
al yugo vuelva la cerviz aliva (das?

segunda vez Alfonso: el fin se logre,
y el medio sea cualquiera que tú elijas.

Lícito es cuanto sea conveniente:
propia moral de la venganza mia.

Ruido dentro.

Mas ay de mí! qué estrépito confuso
oir se deja? El alma pronostica
el corazon, latiendo apresurado,
algun cercano mal.

Rub. Ya mas distintas
se perciben las voces: nunca pruebas
mayores dió de sí la cobardía,
que al escuchar rumor tan temeroso.

Voz dent. Muera Raquel, para que Alfon-
so viva.

Raq. No es delirio: verdad es la que toco:
y esto sufre mi enojo? esto mis iras?

Espera, vulgo barbaro, atrevido,
que si mi sangre á derramar conspiras,
verás que á costa de la tuya sabe
defender y guardar Raquel su vida.

Mas ay de mí infeliz! adónde corro
sin consejo, ó Ruben? Ya se averiguan
las causas del enojo y del desvío
de Alfonso: quién lo duda? He nan García
el pueblo ha sublevado. Qué consejo
me das, Ruben?

Rub. Ceder á la desdicha. *Vase.*

Raq. Tú tambien me abandonas?

Sale Man. Si procuras
la vida conservar, que aquí peligra,
huye, Raquel; en la vecina torre
de este alcazar te salva; conmovida
está toda Toledo en daño tuyo;
huye del riesgo, el mal presente evita.

Raq. Ay de mí! qué es posible lo que es-
cuchó?

Que hicieses mutacion tan repentina,
engañosa deidad, que la que un tiempo
tanto elevaste, así la precipitas?

Mas si es fuerza ceder á la fortuna,
huyamos ya, Raquel: de asilo sirvan
hoy á tus desventuras esas torres,
que fueron el teatro de tus dichas.

Vase.

Man. Ya se fué. El alboroto va creciendo
pero ya el Rey...

Salen Alfonso, Alvar Fañez y acompañamiento.

Alf. Manrique...? *apresurado.*

Man. Quién podría persuadirse, Señor, tal desacato? El pueblo como el ruido lo publica, el alcazar rodea: en grave riesgo está vuestra persona: la atrevida voz que se oyó en el templo esta mañana, el vulgo alborotado abanderiza; y cuando yo pensaba contenerle, como mandaste, ví que Hernan García el intento feroz acaudillando, la acción acaloraba, y en la grito era el primero á quien se le escuchaba: muera Raquel, para que Alfonso viva.

Alf. Qué es esto? pudo Hernando (es increíble meter tan infame bastardía? (ble Hernando, aquel que ha dado tantas pruebas de su fidelidad, ahora conspira (bas contra mí? ¿aquel Hernando?

Manr. El disimulo mas culpable, Señor, y mas indigna hace toda traición.

Alv. Fañ. No así motejes, si otra prueba no tienes mas precisa, de Hernando el proceder.

Man. Tú le disculpas?

Al. Fañ. Yo de un noble jamas alevosías me persuado, y el crédito suspendo en caso igual á la evidencia misma.

Alf. Pues yo por alevoso le declaro: quien tropas de traidores acaudilla, quien á su Rey se atreve, no merece otro nombre, otro trato, otra divisa. Mas si es traidor Hernando, su garganta el filo probará de mi cuchilla, contra alientos y espíritus alevos centella de las nubes desprendida. Hernando muera, mueran los traidores que me ofenden con él, y....

Sale García.

Garc. Bien fulminas *arrodillándose.* contra mí esa sentencia, Hernando muera: en su sangre se embote la hoja limpia de tu acero; pues siendo en tu desgracia, no apetece vivir Hernan García.

Alf. Cómo, traidor?

Garc. Injustamente, Alfonso, *Poniéndose en pie.*

ese nombre me das; y pues te olvidas de mi fé y lealtad, que bien debieras tener con tantas pruebas conocidas, escúchame, y suspende por un breve momento los enojos que te incitan, conocerás tu engaño, y la calumnia, conque á mi honor se atreve infame envidia.

Alf. Qué disculpa has de hallar que abonar pueda

tu exceso, tu traición, y tu osadía?

Garc. Sabrásla, si me escuchas.

Alf. Pues empieza:

aunque por este instante para oír, sin olvidar tu ofensa, mis enojos, mi indignación, y mi furor reprima.

Garc. Esa voz, que de escándalo y desorden el viento puebla, ó noble Alfonso octavo monarca de Castilla, quien por siglos cuenta el tiempo feliz de tu reinado: esa voz, que en el templo originada profanó del lugar los fueros santos, y de la magestad los privilegios tan injuriosamente ha vulnerado: si el fin, si los intentos se examinan, y el celo que la anima contemplamos, aliento es del amor mas encendido, voz del afecto mas acrisolado.

Voz es de tus vasallos, que de serlo testimonio jamas dieron mas claro, que cuando mas traidores te parecen, que cuando los estás mas infamando. Estos, porque tu error se desvanezca, los mismos son, que en tus primeros años cuando para el recobro de tus reinos Marte armó de valor tu tierno brazo, por tu amor derramaron de sus venas la hidalga sangre: los que acompañando el cruzado pendon en Palestina, rey de Jerusalem te coronaron.

Estos los mismos son que al luso altivo el bravo aragonés con el navarro, fieros usurpadores de tus tierras, echaron con baldon de tus estados: los que postrando el leonés orgullo en Palencia y Simancas, desterraron de Fernando el dominio ó tiranía, que vínculos de sangre pretextando, se arrogó tu tutela, cuando fuiste pupilo en nombre, en realidad esclavo.

Aquellos son, cuyas gloriosas armas
 de Tolosa en las Navas, y en Alarcos
 terror y afrenta tantas veces fueron
 de inmensos escuadrones de africanos.
 Estos, Alfonso, son los que te hablan
 por mi boca: los mismos que postrados
 á tus pies el remedio solicitan
 de extremos males, de insufribles daños.
 Cuán grandes estos sean, bien parece
 que no hay necesidad de recordarlo,
 cuando para notarlos y advertirlos,
 cada rostro te muestra su retrato.
 Repara en tus vasallos: sus semblantes
 te pintarán con infelices rasgos
 la triste situación en que se hallan
 sus altivos espíritus gallardos.
 Pero cómo han de estar sino marchitos
 campos á quienes niega el Sol sus rayos,
 jardines que descuida el jardinero,
 flor que no riega diligente mano?
 Los campos del imperio de Castilla
 del valeroso Alfonso abandonados
 solo espinas producen y venenos,
 que ofenden y atosigan sus vasallos.
 Raquel.. Permite, Alfonso, que la nombre,
 y si te pareciere desacato
 que quejas de Raquel se te repitan,
 pague mi cuello culpas de mi labio.
 Raquel (vuelvo á decir) no solamente
 el reino tiraniza castellano;
 no solo de los ricos hombres triunfa,
 no solo el pueblo tiene esclavizado,
 no solo ensalza viles idumeos,
 no solo menoscaba tus erarios,
 no solo con tributos nos aqueja,
 sino que (lo que es mas) de Alfonso octavo
 el alma y los sentidos de tal suerte
 domina y avasalla, que postrado
 obscuramente yace en su ignominia,
 siendo mofa de propios y de extraños.
 Ya no conquista Alfonso: ya no vence:
 ya no es Alfonso rey: aprisionado
 le tiene entre sus brazos una hebrea;
 pues, cómo ha de ser rey el que es esclavo?
 Estos los timbres son de tus victorias?
 Este el fin de tus triunfos y tus lauros?
 De este modo coronas tus hazañas?
 Para esto de la fama al metal claro
 diste gloriosa voz con tus proezas?
 Para esto al noble esfuerzo de tu brazo

venciste reyes, conquistaste imperios?
 Sí: para que Raquel atropellando
 tus glorias, tus hazañas, tus conquistas,
 tus timbres adquiridos y heredados,
 obscureciese, Alfonso, tu memoria,
 deshonrase tu nombre y tu reinado.
 Si solo el fin los hechos califica,
 qué sirven los principios acertados,
 cuando son desaciertos los extremos?
 Qué importa, Alfonso, que en tus tiernos
 años

llenases con tu nombre todo el orbe,
 si es ignominia ya lo que fue aplauso?
 Recuerda, pues, de tan pesado sueño,
 y sacudiendo este infeliz letargo,
 oye de tus vasallos los clamores,
 si algun sentido perdonó el encanto.
 Advierte el deshonor que te resulta
 de comercio tan torpe, y los estragos
 que va causando en los cristianos pechos
 del vil hebreo el peligroso trato.
 Esta es la voz del pueblo que te adora
 de su misma pasión arrebatado.
 No disculpar pretendo la osadía;
 los medios culpo, cuando el fin alabo.
 Sin mi noticia el pueblo se conmueve:
 yo lo digo, y pudiera confirmarlo,
 si mi verdad necesitase pruebas,
 algun adulador que está escuchando.
 Por contener la furia impetuosa
 que en mí se compromete, yo me encargo
 de exponerte las quejas y motivos
 que ocasionan el bárbaro atentado.
 Este el suceso ha sido, esta mi culpa:
 ni me arrepiento, ni la acción retracto.
 Mas si acaso te ofenden estas quejas,
 y el enojo y pasión te ciegan tanto,
 que á castigar te incitan por delitos
 las pruebas del amor mas acendrado,
 esgrime ya los filos de tu acero
 contra mi cuello fiel, que está esperando
 Arrodillándose.

darte de mi lealtad el testimonio
 postrero con la sangre confirmado.
 Alf. ¿Qué secreta violencia y poderío
 encierra la verdad, ó cielo santo,
 que cuando van á fulminar mis iras
 venganzas y castigos; cuando el brazo
 va á ejecutar el golpe de su enojo,
 queda al oírle inmóvil y pasmado?

Alzando á García.

Mas ay de mí! que tanta fuerza tiene la virtud. Ya su imperio soberano en tus voces, Fernando, reconozco, y adoro sus preceptos en tus labios. Soy Alfonso? soy rey? soy de Castilla el invicto caudillo, y quien la ha dado tantas victorias? Ya mi error conozco: ya advierto mi pasión, veo mi engaño, y ya, ó divina luz, con tus reflejos todo el horror descubro de este encanto. Ya el letargo detesto en que he vivido: ya, nobles y leales castellanos, sobre sí vuelve Alfonso á los avisos que á sus errores vuestro amor ha dado. Hoy vereis, que si escándalo del reino ha sido su abandono tantos años, la enmienda que medita, á borrar basta del yerro la memoria y el retrato. Salga Raquel del reino: los hebreos salgan tambien con ella desterrados; que ni quiero delicias, ni riquezas, si en perjuicio han de ser de mis vasallos. Tú, Fernando, del pueblo conmovido sosiega el alboroto; y tú entretanto, Alvar Fañez, dispon que del destierro se formalicen el decreto y bando. Triunfe esta vez de sí, quien tantas veces supo triunfar de egércitos contrarios, y añada á sus vasallos esta prueba del amor que les tiene Alfonso Octavo.

Garc. Permítame, que el labio humilde imprima

en tu planta real. *Arrodillándose.*

Alvar Fañ. Deja que dando

Arrodillándose.

muestras de gratitud mi gozo explique.

Alf. No os detengais, que el pecho ator- está en la dilacion. (mentado)

Alvar Fañ. Ya te obedezco. *Vase.*

Garc. A ejecutar, Alfonso, tus mandatos, parto veloz. A tu benigno imperio erigirá Castilla simulacros. *Vase.*

Alf. Qué es esto, Garcerán, que por mí pasa? Pero, qué dudo? Parte apresurado: busca al punto á Raquel: dí, que la espero.

Man. Lo haré, como mandais. *Vase.*

Alf. Tiranos á otros, dónde llega el rigor de vuestro influjo? Esta pena, este golpe reservado

me teniais? Alfonso de sus fieles castellanos con tanto de acato requerido? no es este atrevimiento? No; que la pretension es justa, y cuando con razon pide el súbdito no ofende; que de culpa le absuelve y atentado lo justo de la instancia. Qué congojas, qué pasiones y efectos tan contrarios atormentan al alma! Qué es posible que á su reino motivo Alfonso ha dado para que á su decoro se le atreva? Mas ó cuán neciamente que lo extrañ No se ha olvidado Alfonso de sí mismo, pues qué mucho es, le olviden sus vasallos. Pero Raquel no sirve á mi locura de disculpa? el dulcísimo milagro de su belleza! O suerte rigurosa! con cuánta confusion lidio y batallol Pero no soy Alfonso? De Castilla el monarca no soy? Ceda al sagrado ser de la magestad un vil afecto. Las débiles pasiones de lo humano á la vista del sόlido desaparezcan. De haga de mi juicio los nublados la luz de la razon, que ya despierta del letargo mortal de tantos años. Pero aquí Raquel sale.

Sale Raq. En tu presencia á Raquel tienes ya: del vulgo airado entrégala al furor y la venganza: redime tu peligro con su daño.

No me llamas para esto? Esta fineza no es el premio que tienes preparado á mi amor? en qué dudas Raquel muera, pues en amarte te hace agravio.

Alf. Cuánto, hermosa Raquel, mi amor ofe No añadas al dolor que sufro y paso, (de de tu insulto el rigor y tiranía.

Yo darte á tí la muerte! yo que te amo que solo á influjo de tus ojos vivo! que apetezco la vida solo, en cuanto ofrenda puede ser tu belleza!

Tal presumes de mí? O cuán contrario es mi intento, Raquel! Salvar tu vida á costa de la mia, es lo que trato.

El pueblo (ya lo ves) que Raquel muere ó salga de Toledo, está clamando.

O qué extremos, Raquel, tan riguroso Quién el medio hallará de conciliarlo Mi valor y poder no son bastantes

á refrenar su orgullo. Si retardo
cumplir su gusto, á su furor te expongo:
si de mi alcázar, ó Raquel, te aparto,
cierta es mi muerte. Pues Alfonso muera;
muera yo si á Raquel la vida salvo.
Esto ha de ser, Raquel.

Raq. Qué en fin dispones
apartarme de tí?

Alf. El rigor del hado,
mi desgracia pronuncia esta sentencia;
el Pueblo o te condena, no mi labio.

Raq. Tropas son de traidores sediciosos.

Alf. Sí; pero prevenidos y arrestados.

Raq. Pues castiga su loco atrevimiento.

Alf. Cuando fuera posible egecutarlo,
temiera que la mina rebentara,
y causase en tu vida mil estragos.

Raq. Desecha ese temor: arma tu diestra;
y si acaso el horror te oprime tanto,
que tu antiguo valor inhabilita,
por tí este empeño tomará mi brazo.
Pues si enciendo la cólera en mi pecho,
si el hierro empuño, si el arnés embrazo,
Semíramis segunda hoy en Toledo
á tus pies postraré cuantos osados,
cuantos rebeldes, cuantos alevosos
aliento dan al sedicioso bando.

Alf. Deten, Raquel, la planta: no al peligro
así te precipites sin reparo.
Que te ausentes es fuerza.

Raq. Tú lo mandas?

Alf. Yo que te adoro, yo, Raquel, lo mando.

Ra. Tú en fin, para que muera, me destierras?

Alf. Yo: porque pienso, que tu vida guardo,
á morir de esta ausencia me condeno.

Raq. Qué no hay remedio?

Alf. Yo ninguno alcanzo.

Raq. Y cuándo he de partirme?

Alf. Luego al punto: (plazo,
pues cuanto mas, Raquel, se alargue el
corres mayor peligro. Cuántas ansias
siente mi corazón al pronunciarlo!

A Dios, Raquel.

Raq. Qué en fin así me dejas? *deteniéndole.*

El cariño, Señor, de tantos años,
de tanto amor las prendas no te mueven?
Mi desconsuelo, mi dolor, mi llanto
desatiendes así?

Alf. Suerte enemiga,
á qué ocasion tan fuerte me has guiado!

Raq. Qué resuelves en fin?

Alf. Que partas luego.

Mas ay de mí! que aqueste duro fallo
contiene la sentencia de mi muerte.
Pero en qué me detengo? en qué reparo?
Huya Raquel á conservar su vida,
mientras queda á morir Alfonso octavo.

Vase.

Ra. Pues ya, Alfonso, que ingrato me aban-
desatento, cruel y temerario, (donas,
si me has amado, si en tu aleve pecho
de aquel volcan amante queda rastro,
permítame el cielo, que estas cosas mira,
y está tu ingratitud considerando,
pases por el dolor de verme muerta
al acero cruel de tus vasallos:
que queriendo vengar estas ofensas,
no logre tu rigor egecutarlo;
que mi sombra interrumpa tu reposo,
y que en pesar continuo y largo llanto
llores la desventura, ingrato Alfonso,
que Raquel, por amarte, está esperando.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Raquel y Ruben.

Ru. Cómo en inútil llanto el tiempo pierdes,
engañada Raquel? así remedias
la ruina y eversion del pueblo hebreo?
Así, Raquel, redimes las miserias
de tu infeliz Nacion? Así el injusto
bando revocas? De esta suerte piensas
volver á tu perdido valimiento?
¿De tantos infelices las querellas,
que cifran en tu influjo sus alivios,
atiendes de este modo? el llanto dejas:
deja inútiles quejas y sollozos
á mejor ocasion, y considera,
que el general destierro, que esperamos,
atemoriza á todos y consterna.
El pacífico hogar, el quieto albergue
edificados por las manos nuestras,
quedarán de su dueño abandonados
á injusto poseedor; y las riquezas,
que acumuló la industria y la fatiga,
apagarán su avara sed apenas.
Considéranos ya, que fugitivos
peregrinamos apartadas tierras,
y entre bárbaros dueños arrastramos,

del cuello esclavo la servil cadena.
Ancianos, niños, jóvenes, mugeres
de la suerte que aguardan, se lamentan,
y el triste sollozar del idumeo
música es, que al castellano alegra.
Reprime, pues, el llanto; y si pretendes
templar con él lo acerbo de tus penas,
resérvale á ocasion mas oportuna.
Del indignado Alfonso en la presencia
las perlas, que aquí viertes sin provecho,
de nuestra libertad rescate sean.

Raq. No, Ruben, con tan frívola esperanza
aumentes mi dolor; deja á mi pena,
que goce del alivio, que la suerte
por único recurso la reserva.

Nuevos tiempos, Ruben, nuevas fortunas
corren ya aquí. Mis lágrimas, que fueran
bastantes otro tiempo á dar al mundo
sentimiento y dolor, ya se desprecian:
ya en vez de compasion iras concitan.

Cuando Alfonso otra vez solo por ellas
la guerra declarara al universo,
del Tajo undoso la dorada vena
retroceder hiciera hácia su origen,
la noche en claro dia convirtiera;
tanto en tan breve tiempo se ha mudado:
tan otro está que juzgo se deleita
en verlas derramar. Prueba costosa,

ay memoria infeliz! cruda experiencia
vienen de hacer, Ruben, las ansias mias
de lo poco que puedo, y valen ellas.

En medio de mis lágrimas amargas,
Alfonso, el mismo Alfonso me condena:
de su boca, Ruben, de mi destierro
he escuchado yo misma la sentencia:
de sí Alfonso me aparta riguroso.

Mira, si es bien, que de su mal se duela,
ó que admita esperanzas de consuelo,
quien tan contraria suerte experimenta.

Rub. No tan contraria es, como imaginas.
Los males cuando á ser extremos llegan,
como pasar no pueden de aquel punto,
que empiecen á ceder, Raquel, es fuerza.
Ya el desaire mayor has tolerado:
ya no hay (créeme Raquel) cosa que temas,
ya Alfonso arrepentido por ventura,
medios inquiere de templar tus quejas.
Solo de Rey respetos le contienen:
y si estos le obligaron á que hiciera
contra tu amor esfuerzos tan violentos,

no dudes, que en su pecho las centellas,
que apagar pretendió un temor en vano,
libre ya de él, con mas furor se enciendan.
Hondas raices el amor ha echado
en el alma de Alfonso: no se quiebran
cadenas, que labraron tantos dias,
Raquel, tan fácilmente como piensas;
ni se puede borrar tan brevemente
la estampa, que en el pecho dejó impresa
pasion tan generosa; pues no bastan
sustos, temores, sobresaltos, penas,
disgustos, amenazas, desventuras,
ni cuantos males la naturaleza
por mayorazgos repartió á los hombres,
á retraer á quien amó de veras.

En tí la prueba tienes. Si del mundo
el dominio absoluto te ofrecieran:
si cuantas perlas el Oriente envia,
cuanto oro Arabia tiene, el Catay sedas,
púrpuras Tyro, olores el sabeo,
el turco alfombras, el persiano telas,
cuanto tesoro encierra en sus abismos
el hondo mar, y cuanta plata cuentan
sudaron los famosos Pireneos,
cuando Vulcano liquidó sus venas:
si todo esto, Raquel, porque de Alfonso
el amor desdeñases, te ofrecieran,
te moveria acaso? le dejaras?

¿podrias olvidarle? Pues si encuentras
ese imposible en tí, ¿cómo presumes
que Alfonso, cuya amante pasion ciega
ejemplo singular ha sido al orbe,
olvidarse de sí tan breve pueda?

Delirio es de tu amor tal pensamiento:
recobra la esperanza, y aprovecha,
si quieres remediar el mal presente,
Raquel, el corto tiempo que te queda

Ra. Pues puedo prometerme algun remedio
á tan extremo mal?

Rub. La diligencia
madre es de la ventura.

Raq. Y la que tiene
del rigor de su suerte tantas pruebas,
no será necia en esperar ventura?

Rub. Necedad es mayor, creer que deba
favorecer la suerte al negligente.

Raq. Cuando remedio ya ninguno queda
no es prudencia ceder á la desgracia!

Rub. Pero ninguno llamará prudencia,
persuadirse que son irremediables

los males de la vida. No hay adversa fortuna, que la industria no deshaga ó modere á lo menos.

Raq. Pues se encuentra alguna que remedie tan gran daño?

Rub. Sí, Raquel, si á mi arbitrio te sujetas.

Ra. Ay, Ruben! mi esperanza á nueva vida con tu discurso has vuelto. Ya se ahuyen con tus consejos sabios mis recelos, (tan mi temor con tus graves advertencias. Dispon, Ruben: Raquel obedecerte solo sabrá.

Rub. Pues si á mi arbitrio dejas de esta accion el gobierno, nada dudes; cuenta como lograda ya la empresa.

Alfonso, compelido del respeto de sus vasallos, hace resistencia á su amor, y en su cuarto retirado finge desvíos, desamor afecta.

Pero yo sé, Raquel, que interiormente por verte muere, por hablarte anhela, y que hasta conseguir desenojarte, juzga las breves horas por eternas.

Batalla con afectos diferentes el corazon del hombre; mas si llega á tomar el amor en él patido,

por él el campo y la victoria quedan. Esto supuesto, Alfonso ha de buscarte: y si hiciere á tu amor tan grave fuerza, que el impulso quebrante de su afecto, supla esta falta nuestra diligencia.

Necesario es que á Alfonso te presentes, antes que se efectúe nuestra ausencia, que de esto solo pende la esperanza, y en esto el logro de ella se interesa:

pues si vuelve otra vez á verte Alfonso, difícil es que á abandonarte vuelva.

Resuélvete: y en tanto tus pesares á cuantos de ellos informarle puedan, ostenta y exagera astutamente.

Haz, Raquel, aparato de tus penas: lean todos tu enojo en tu semblante: tu dolor todos en tus ojos vean: esto conviene.

Raq. Pues si así conviene, y ves, Ruben, dispuesta mi obediencia, hasta que llegue el lance que meditas, los aires hincharé con mis querellas, molestaré la tierra con mis voces, (*vase.* y aun sembraré en los cielos mis endechas.

Rub. Sí, Raquel: que si ayuda la fortuna mis prevenciones, ó he de hacer que vuelvas á ser segunda vez dueño de Alfonso, ó he de perder la vida en esta empresa. Mas ay de mí! que aunque me aliento en lucho con mil rezelos y sospechas, (vano y de un trágico fin ó desventura el justo horror de confusion me llena.

Que lidiar contra un vulgo alborotado, oponerse al poder de la nobleza, y mantener una privanza injusta, quién sino un despatchado lo emprendiera!

Pero qué importa aventurar la vida?

Aventúrese todo, Raquel tenga segunda vez de Alfonso el alvedrío; que si esto se consigue, ya te queda Ruben, abierto campo á tus venganzas.

Muera Hernando, Alvar Fañez tambien muera,

y cuantos ricos hombres en Castilla contraponerse á mis intentos puedan. Yo haré que en recompensa de su agravio pida Raquel á Alfonso sus cabezas, y que reos de estado por mi industria, les dé amor vengativo la sentencia.

Mas dónde Garcerán apresurado así corre? Perpetuas compañeras son de la iniquidad las inquietudes: siempre el malvado lidia con sospechas.

Sale Man. Ruben, has visto al Rey?

Rub. En su retrete, segua acabo de informarme, queda. Mas qué motivo así te precipita?

Man. El ganar las albricias de la nueva, de que ya está Toledo sosegada; y el que antes era todo turbulencia, ya es teatro de aplausos.

Rub. Pues qué causa pudo mover pasiones tan opuestas?

Man. El haber ofrecido Hernan García de Raquel el destierro, y tu cabeza.

Rub. Mi cabeza, Manrique?

Man. No lo dudes.

Rub. Qué dices?

Man. Que á tí el pueblo te condena.

Rub. A mí! Por qué razon?

Man. Porque á tu influjo de Raquel atribuyen las violencias: su rigor, su codicia, sus audacias obras de tu enseñanza consideran,

y el encanto y prision de Alfonso octavo,
lecciones aprendidas en tu escuela.

Rub. Yo, Manrique!... Si el cielo...

Man. Esas disculpas,
con quien pueda estimarlas, aprovecha.
Duéleme tu de gracia; mas no alcanzo
á remediarla; así no me detengas,
pues yo sirvo á mi Rey. Solo un consejo
darte podré de mi amistad por prueba;
y es, que en las desventuras declaradas
oponerse á la suerte, es imprudencia. *Vase.*

Rub. O cortes, ó palacios, centro infame
de engaños, falsedades y cautelas!
cuán á mi costa llego á conoceros!
Si éste, que debe toda su opulencia,
su valimiento y auge á mis influjos,
así me corresponde; ¡cuánto yerra,
quien de áulicos confía en esperanzas,
quien cree cortesanas apariencias!
Mas cómo en reflexiones importunas
malogra el tiempo? El pueblo mi cabeza
está pidiendo; yo la causa he dado:
el riesgo es conocido, y está cerca.
Qué arbitrio me darás, ingenio mio,
para librarme de ocasion tan recia?
Mas ay de mí! que el cielo acaso quiere
dar á mi iniquidad la justa pena,
y cansado tal vez de tolerarla,
pretende hacer de su justicia muestras.
Escarmienten los malos en mi daño,
y en mi desdicha la impiedad aprenda,
que no siempre se peca impunemente;
y que si acaso el santo cielo deja
correr tras de sus vicios los mortales,
es por darles lugar para la enmienda,
y que su tolerancia justifique
en medio de las iras su clemencia.
Pero ¡el Rey las guardias se descubren!
Qué es esto? Triste corazón, alienta;
que pues Alfonso al público se ofrece,
aun queda á mis astucias franca puerta.
Venga Raquel: renueve su hermosura
la antigua llaga que á cerrar se empieza,
y Fenix hoy amor entre cenizas
nuevo ser, nueva vida á cobrar vuelva.

Sale la Guardia.

Guardia. De pejad.

Rub. Ya en el campo de batalla
tienes al enemigo. Ultima prueba
esta es de tu poder, astucia mia.

Refuerza, amor, tus verdaderas flechas
á favor de Raquel, porque en Toledo
se tremole hoy triunfante tu bandera. *Vas.*

Salen Alfonso y Manrique.

Alf. Retiraos. *A la Guardia.*

Qué en fin ya se ha aplacado *A Manrique*,
el furor de la plebe?

Man. La presencia
de Hernando refrenó sus osadías,
que solo su valor los contuviera;
y porque mas afianzada quede
la pública quietud, las cien banderas,
y los dos mil ginetes destinados
y prontos á marchar ya sobre Cuenca,
del campo de la Sagra en que se alojan,
sobre Toledo vuelven; y la fuerza
ocupada, señor, de San Cervantes
con el nuevo presidio, ya no queda
motivo de temer por mas que intente
segunda novedad la plebe inquieta.

Alf. ¡O suerte miserable de los reyes,
cuán vanamente el fausto os lisonjea,
si juzgais os exime de cuidados
el poder, la corona y la opulencia!
O nombre ciegamente apetecido!
O títulos pomposos de grandeza,
solo sonido, vanidad y viento! (rezca)
Quién, que os conozca, habrá que os ape-
Pues qué sirve el poder en los monarcas,
si siempre el rey en sus acciones queda
sujeto á la censura del vasallo,
que injusta las abona, ó las reprueba?
Qué sirve la corona, si su engaste
es de la voluntad fuerte cadena,
prision equivocada con imperio,
y esclavitud llamada independencia?
Para qué es la opulencia, si los graves
cuidados, que á los reyes nos rodean,
tiranizan el gusto de gozarla,
ocupándole tiempo en extenderla?
O fortuna envidiable del villano,
contento en la humildad de su bajeza,
y libre de los sustos y desvelos
que de continuo al poderoso cercan!
O mesa venturosa, que guarnece
grosero plato de paterna herencia
que convierte en sabroso y delicado
aquel placer, que á tu contorno vuelva.
Pajiza habitacion de la alegría,
á cuyo umbral humilde nunca llega

ni de la envidia el tiro venenoso,
 ni el ímpetu cruel de la soberbia.
 Cuánta ventaja haceis á los altivos
 alcázares reales, que aposentan
 por huéspedes perpetuos de sus techos
 desvelos, sinsabores y sospechas!
 Cuán libremente sus deseos goza
 el simple labrador, cuya pobreza
 ni excita emulacion en sus iguales,
 ni en los mas poderosos competencia!
 Si al pellico y cayado el cetro de oro,
 la púrpura real trocar pudiera,
 cuán ventajoso el cambio juzgaria!
 Con cuánta libertad en las florestas
 del amor solamente frecuentadas
 gozara tu hermosura, Raquel bella!
 Nunca de estado la razon tirana
 tanto bien, tanta gloria me impidiera.
 O suerte! O condicion! O reino, cuánto
 me debeis, si á Raquel por causa vuestra
 de mí separo! Pero qué pronuncio?
 Podras, Alfonso, tú vivir sin ella?
 No: que mi vida pende de sus ojos:
 no: que en su pecho mi alma se aposenta.
 Mas la razon, el reino, mis vasallos,
 mi honor, su misma vida, las estrellas,
 todo influye en su ausencia. O suerte injusta!
 O cruel dolor! O bárbara violencia! (tal
Man. No deis lugar, señor, á reflexiones,
 que aumentan vuestro mal y vuestra pena.
Alf. Deja, Manrique, que mi mal me aflija;
 deja, que mis dolores cobren fuerza;
 deja, que mi pasion me martirice.
Man. Mirad, señor, que vuestra vida...
Alf. Deja,
 que avivando el dolor y sentimiento
 el fuego que en mi pecho se alimenta,
 en las aras de amor mi triste vida
 ofrenda noble, y holocausto sea.
 Porque vea Raquel, que si ha podido
 el cuerpo separar la suerte adversa,
 el alma no; que libre de embarazos
 á Raquel volará como á su esfera.
 O dias miserables, de horror llenos,
 llenos de lutos, llenos de tristezas,
 los que sin tí, Raquel, ya me amenazan!
 O eternas noches, de dolores llenas,
 aquellas, que tu ausencia lamentando,
 pasaré en largo llanto y mudas quejas!
 Garcerán, si el amor que me has debido,

quieres pagar con solo una fineza
 saldrás de obligaciones. Con tu acero,
 abre este pecho, rómpeme las venas;
 mi espíritu desata de estos lazos;
 dame, dame la muerte: no suspendan
 la egecucion respetos de vasallo:
 piedad será esta vez lo que otra fuera
 el delito mayor, pues se redimen
 con solo un mal inmensidad de penas.
Man. No así ofendais, señor, mi amor y
 zelo.

con proponerme acciones tan violentas,
 tan fuera de razon y desusadas.
 Volved en vos, desvaneced ideas,
 que os turban la razon y los sentidos:
 conservad vuestra vida; y ved que en ella
 se cifra el bien de todo vuestro reino.
 Y si el amor, si la pasion os ciega
 tanto, que á riesgo ponga vuestra vida,
 porque esta se conserve, todo ceda;
 todo ceda, señor, á vuestro gusto.
 Pensais, que pueda haber, quien no prefiera
 tanto bien á cualquiera otro respeto?
 Yo os lo afirmo, señor: todos desean
 que vivais á Castilla largos siglos.
 Además de que ya las tropas cerca
 de Toledo, y la plebe sorprendida,
 no queda que temer. Y antes debiera
 de Raquel el destierro revocarse
 en obsequio, señor de vuestra regia
 autoridad, que queda desairada
 de otro modo.

Alf. Qué en vano me aconsejas!
 En vano tu lealtad, tu amor y zelo,
 quiere templar lo acerbo de mis penas.
 Cómo! podré olvidar de mis vasallos
 la justa pretension? Bien visto fuera
 que cuando ellos por mí se sacrifican,
 de lealtad siendo egemplo y de fineza,
 como tú dices, yo correspondiese
 á tan notable fe, abusando de ella?
 No, Garcerán: los cielos no permitan,
 que yo mancille con accion tan fea
 la historia de mi vida desdichada.
 Y pues remedio ya ninguno queda,
 acábame, ó dolor, dame la muerte,
 serás piadoso aquesta vez siquiera.

Man. Apartad ya, señor, el pensamiento
 de tan tristes objetos.

Alf. Mal penetras

del mal que me fatiga y acongoja,
el rigor, la cruel naturaleza.

Si el enfermo, que siente lastimada
una parte del cuerpo, aunque no sea
de las mas principales, no es posible
que el pensamiento de su mal divierta;
quien tiene como yo llagada el alma
de herida tan antigua y tan acerba,
cómo podrá, Manrique, distraerse
insensible al dolor que le atormenta?

Man. Mirad, que llega gente.

Sale un Guardia.

Guar. Para hablaros,
espera, que le deis, señor, licencia
Raquel.

Alf. Qué es lo que escucho? Fuerte lance
me preparas, fortuna: cruda guerra
vas á moverme, amor, en este encuentro.
Pero qué riesgo hay ya, cuando no queda
á la revocacion arbitrio alguno?

Y no será crueldad, que cuando llega
Raquel á suplicar á Alfonso Octavo,
ni aun admitirla á su presencia quiera?
Qué dudo pues? Decid, que Raquel lle-

Vase la Guardia. (que.

Man. Ya con Ruben, señor, aquí se acerca.
Vase.

*Salen Raquel, Ruben y acompañamiento
de judías.*

Raq. Si presumís, señor, que á vuestras plan-
De rodillas. (tas

segunda vez me trae aquel designio,
de que anuleis el rígido decreto (mo..
de mi ausencia, ó mi muerte, que es lo mis-

Alf. Ay de mí! Alzad del suelo: Raquel lloral
Alzando á Raquel.

Mucho de tí rezelo, valor mio.

Proseguid, pues. Qué es esto, duros astros?
Qué os deteneis?

Raq. Oid, que ya prosigo.

Si presumís, Alfonso, que este llanto,
si pensáis, que estos débiles suspiros,
prendas en otro tiempo inestimables,
cuando suerte mejor, y el cielo quiso,
vienen acaso á ser intercesores
entre vuestro rigor y mi delito,
(si haber correspondido á vuestro afecto,
merecer puede nombre tan indigno)
no lo temais. Mi llanto y mis sollozos

solo son expresion de mi martirio,
vapores, que á los ojos ha exhalado
la amante llama, que en mi pecho abrigo.
Con muy contrario intento á vuestra vista
vuelvo, señor: pues si antes he pedido
suspendierais el órden de mi ausencia,
llevada de mi amante desvarío;
ya con mejor acuerdo solo trato,
de cumplir vuestro gusto, y solo aspiro
á dar la última prueba en mí obediencia
del amor conque siempre os he servido.
Bien sé, que obedecer vuestro mandato
la vida ha de costarme, cuando miro,
que no pueden cortarse á menos riesgo
lazos que tanto amor y tiempo ha unido.
Mas si en esto, señor, de mi fineza
los subidos quilates acredito,
dulces serán los últimos tormentos,
si han de manifestar cuanto os estimo.
Males no habrá, de cuantos me propone
la triste idea del destierro mio,
que no les dé accidente de deleite
el ser por vuestra causa padecidos.
La dura soledad que me amenaza
en la mortal ausencia que medito,
será recreacion del pensamiento,
al contemplar sois vos quien la ha querido.
El cansancio, señor, la grave angustia
de mi espíritu vago y peregrino
trocará las congojas en descanso,
y hará de la fatiga misma alivio:
y los insultos á que quedo expuesta,
del feroz vulgo adularán mi oido,
viendo, que aborrecerme así les mueve,
de su Rey el afecto y el cariño.
Esto supuesto, y que es inexcusable
ausentarme de vos, pues mi peligro,
la voz del pueblo, su quietud, los cielos
lo tienen decretado y convenido;
si algun mérito tiene, amado Alfonso,
tan constante pasion, amor tan fino,
de tantos años la correspondencia,
la noble emulacion conque habeis visto
mi ternura, y la vuestra competirse,
votos con tal desgracia repetidos,
tantas promesas por mi mal frustradas,
conque no pienso ya reconveniros,
pues me tiene tomados mi desdicha
de cualquiera esperanza los caminos;
en recompensa solo una fineza

me atrevo á suplicaros y pedirlos,
 cuyo derecho no podrá usurparme
 el rigor de esta ausencia ó exterminio.
 Esta es, Alfonso, que pues no es posible
 apagar esta llama que respiro,
 de mi pecho arrancar vuestro retrato,
 ni de mi pensamiento este delirio,
 os deba esta infeliz que así os adora
 un recuerdo tal vez, que fuisteis mio.
 Que en los años dichosos, que me amasteis,
 y yo fui vuestra, pudo el amor mismo
 ternezas aprender de mis afectos:
 que siempre el mio fue vuestro alvedrío,
 y finalmente que por adoraros,
 ausente, triste y desterrada vivo.
 Esto, señor, mis lágrimas pretenden:
 este el intento es, que me ha traído,
 á causaros molestias con mi vista,
 y esto lo que por último os suplico.
 Esto hará mis tormentos menos graves,
 mis males menos duros y prolijos,
 y aborrecible menos este aliento,
 mientras la parca tuerza el vital hilo.
 Y pues instan, señor, inconvenientes,
 temores, sobresaltos y peligros (go
 á que me ausente, ay Dios, cuántos aho-
 el espíritu siente al proferirlo!
 dadme, señor, licencia; y este llanto,

Arrodíllase.

última ofrenda, que á mi amor dedico,
 os quede por seguro que ni el tiempo,
 destierro, ausencia, penas, ni martirios,
 rezelos, amenazas, ni desastres,
 ni de la muerte el riguroso filo
 serán bastantes á borrar del pecho,
 de santa fé depósito y archivo,
 la imágen vuestra, que por tantos años
 labró el amor, el trato y el destino.

Alf. Qué es esto, sacros cielos? Qué centella,
 qué extraordinario ardor no conocido
 á mi pecho ha inspirado, Raquel mia,
 tu llanto y tu dolor? Cuándo se ha visto
 sino en mi daño tan extraño egeemplo?
 fenómeno tan raro y peregrino?
 Alza, Raquel, del suelo: de tu llanto
 suspende los raudales: no abatido
 tengas el cielo, de quien eres copia.
 No desperdicies los tesoros ricos
 de tus preciosas lágrimas: recoge
 al lastimado pecho los suspiros.

Deja el llanto y dolor, deja la pena
 á este infeliz, á quien el hado impío
 maltrata con rigor tan importuno.
 A mí, á quien el perderte es ya preciso,
 y muriendo vivir en esta ausencia,
 corresponde, Raquel, este egercicio.
 Segura partir puedes, de que en cuanto
 este espíritu rija el condolido
 cuerpo, que tantos males debilitan,
 su alimento será y manjar continuo
 llanto y dolor, pesar y sentimiento.
 Mas ay de mí infeliz! Qué he proferido?
 Yo, que Raquel te ausente, pensar puedo?
 Yo puedo proponerlo y consentirlo?
 Yo, que aliento al influjo de su vista?
 Yo, que ea fe de que me ama solo animo?
 No es posible, ni el cielo lo consienta.
 Raquel, no has de partir: ántes el hilo
 se corte de mi vida.

Raq. Qué he escuchado?

Qué pronuncias, señor? No sois vos mismo
 quien ha determinado mi destierro?

Alf. Fue atentado, fue error, fue desvarío.

Ra. Pues vos no me intimasteis la sentencia?

Alf. No lo puedo negar: temor lo hizo.

Raq. No os mostrasteis de piedra á mis
 razones?

Alf. O no era yo, ó estaba sin sentido.

Ra. No sois vos mismo quien me aconsejaba?
 No sois aquel, que astutamente fino
 me pintaba los riesgos?

Alf. Verdad dices:

tenlo por sueño, tenlo por delirio.

Ra. No despreciasteis mis reconvenciones?
 No os ví sordo á mis llantos y gemidos?
 Por fin de mí no huisteis?

Alf. Qué mas quieres,

Raquel, si te confieso mi delito?

Sírvame este rubor, esta vergüenza
 que paso al confesarlo, de castigo.

Errores son, que debes disculparlos,
 pues tuvieron, de amarte, su principio.
 Yo te amaba, Raquel: yo te apartaba
 de mis ojos; contempla mi martirio.

Raq. Con qué facilidad un pecho amante,
 si está tan empeñado como el mio,
 admite las disculpas que desea,
 y aun tal vez disimula su artificio!
 Mas cuando yo os conceda, que forzado
 obrasteis, y que solo mi peligro

os turbó la razón, es por ventura menor el riesgo ya? los conmovidos corazones están mas quietados? se han disipado ya mis enemigos? clama menos el pueblo? la nobleza pondrá á su queja término? Vos mismo á quien ya los temores vencer saben, me dáis seguridad de reprimirlos?

Quereis que expuesta quede á una violencia del vulgo fiero al bárbaro capricho? (oia? de un soberbio al insulto? Quien me ama, podrá esto tolerar? Qué poderío, qué autoridad, qué auxilio me asegura de tantos riesgos? Si es que os he debido algun amor, Alfonso, no mi vida expongais de esta suerte; y pues preciso es, que me ausente, á Dios, amado Alfonso,

Llorando, y en ademan de irse.

á Dios, y el cielo...

Alf. El cielo que ha querido *Deteniéndola.*

á tan graves desdichas conducirme, y es de mi puro amor y fe testigo, no permita que Alfonso sin tí viva.

Raquel amada, hermoso dueño mio, así á Alfonso abandonas?

Raq. Las estrellas,

el cielo así lo manda, y mi destino.

Al. Qué en fin estás resuelta á abandonarme?

Ra. Cuanto me pesa en esta llanto explico.

Alf. Pues si mi desventura es tan notoria, y esta vida, este espíritu mezquino, como inútiles prendas considero:

Sacando la espada.

acero noble, rayo que esgrimido de mi diestra, blasones duplicasteis á Marte poderoso, ya os dedico á mejor ministerio: sed piadoso instrumento de amantes sacrificios.

Y tú, Raquel, si quieres testimonios de mi constante amor ciertos y fijos, pues no oyes mi razón, estas alfombras te los cñezcan con mi sangre escritos.

En ademan de echarse sobre la espada.

Ra. Deteneos: qué haceis? qué furia es esta?

Conteniéndole.

Mirad, que de la espada el duro filo, cuando amenaza estragos á ese pecho, los obra y egecuta ya en el mio.

No advertís que ese golpe riguroso será fin de mi vida? Quién ha dicho,

que muerto Alfonso Octavo, Raquel puede vivir un solo punto? Habeis creido, que á vuestra costa pueden redimirse mis desdichas? Vivid, Alfonso mio: vivid, que Raquel solo para amaros la vida quiere. Ya, señor, me rindo á cuanto dispusiéreis: ya Toledo será otra vez mi centro: no hay peligro, que á trueque de agriadaros me dé a-

sombro, que me dé susto, á trueque de serviros.
Alf. O portento de amor! Sea la eterna gratitud, que te ofrezco y sacrificio, paga á tanto favor.

Raq. Y los hebreos, que no tienen, señor, otro delito, que depender de mí?

Alf. Ya los indulto.

Y porque tu temor desvanecido del todo quede; porque no receles de un vulgo osado los infieles tiros, desde hoy de mi cetro y mi corona serás dueño absoluto. Mis dominios á tu arbitrio se rijan y gobiernen: de todos mis vasallos los detinos de tí dependerán públicamente, porque todos así te estén sumisos. Ha de mi guardia.

Ocupando el solio.

Salen Manrique, la Guardia, y acompañamiento de castellanos.

Manr. y los demas. Qué ordenais?

Alf. Atentos escuchad lo que mando y determino. Soy vuestro Rey?

Man. Por tal os veneramos.

Alf. Sois mis vasallos?

Man. Este distintivo nos honra.

Alf. Y lo que yo sobre mi trono mandare y dispusiere, no es preciso que todos le obedezcan?

Man. Quién lo duda?

nadie debe excusarse de serviros.

Alf. Está bien: y el vasallo que se opone al gusto de su Rey, ¿no es, decid, digno de la pena mayor, y por rebelde no se hace reo del mayor delito?

Man. No hay duda.

Alf. Pues supuesto que no hay duda, y supuesto tambien, que es gusto mio, sabed, que hoy en mi trono substituyo à Raquel; mi poder y mi dominio la transfiero, y yo mismo la coloco en mi solio real; esto entendido, pues confesais debeis obedecerme,
Colocándola en el trono.

sabed, que ya Raquel reina conmigo.

Castellanos. Terrible ceguedad!

Man. Si es vuestro gusto, ya os obedezco, y el primero rindo à Raquel mi respeto.

Van los demas besando la mano à Raquel como Manrique.

Rub. Bien se logra el fin de mis astucias y designios. Ya de nuevo respiro.

Raq. Qué gustoso es el mando aun en medio de peligros!

Alf. Ya estás, Raquel, en el lugar sagrado, donde nunca alcanzar podrán los tiros de tus contrarios: ya mi imperio todo está en tu mano: ya de tu alvedrío dependen los que quieran ofenderte. Los doce mil Soldados, que destino para asediar à Cuenca, ya en Toledo entrando van; fiada en tal presidio, tu gusto ley de mis vasallos sea.

Raq. Por testimonio de tu amor lo estimo.

Alf. Y porque mi presencia no embarace que obres con libertad, yo me retiro. A Dios, bella Raquel.

Vase con la guardia.

Raq. El cielo os guarde. Qué es aquesto, fortuna? Quién ha visto tan extrañas mudanzas en su suerte?

Qué afectos ha ta aquí no conocidos el corazon combaten? La venganza me inspira indignaciones y castigos:

y este asiento, que es centro de justicia, contiene mi furor, cuando me irrito.

Mas podré conservar mi vida acaso, cuando me cercan tantos enemigos,

por mas que este lugar me privilegie del insulto del pueblo? El atrevido

infame vulgo contendrá su furia, porque yo disimule su delito?

No por cierto, que el vil nunca conoce

estas obligaciones, y al maligno, á quien se disimula un desafuero, licencia se le da de repetirlo.

Prueben, pues, mi rigor.

Sale la Guardia.

Guard. Hernan García, y Alvar Fañez, creyendo en este sitio hallar al Rey, entrada solicitan.

Raq. Permitidlos entrar.

Vase la Guardia.

Manr. Duro conflicto!

Sale Alvar Fañez por un lado con un pliego.

Alv. Fañ. Este es, Alfonso, el bando... Mas qué veo?

Sale García por el lado opuesto.

Gar. El obsequioso pueblo... mas qué miro?

Alv. Fañ. Es ilusion?

Gar. Es sueño?

Raq. Qué os suspende?

Alvar Fañez, llegad. No me habeis visto? Qué os admira, Fernando? Qué reparos os detienen? Habeisme conocido?

Levantándose.

Yo soy Raquel: Raquel, la que no ha mu- insultasteis soberbios y atrevidos. (cho Raquel soy; qué dudais? á quien Alfonso substituye en su mando; á quien él mis- en su solio real ha colocado, (mo con quien todo el poder ha dividido; á quien ya sus vasallos mas leales tributan los obsequios mas rendidos. Soy, quien traidores castigar pretende; quien del rigor esgrimirá los filos en cuellos alevosos; quien alfombras hará á sus pies de espíritus altivos, y será con asombros y rigores de audacias escarmiento y exterminio.

Tomando el pliego à Alvar Fañez, y rompiéndole.

Mas tú, que de leal haciendo alarde, solicitas mi daño y precipicio, advierte, que así apruebo iniquidades, que así injusticias corroboro y firmo.

Y tú, que diputado de alevosos viles plebeyos, el enjambre indigno tan oficiosamente representas, les dirás de mi parte, cuánto estimo, su fineza, y que ya para pagarla

prevengo hierros, lazos y suplicios.

Vase con Ruben y los demas judíos.

Al. Fañ. Es posible que á tanto haya lle-
la ceguedad de Alfonso? (gato)

Garc. Estoy corrido.

No sé cómo he sufrido tal ultrage.

Manrique, es esto cierto?

Man. Ya lo has visto.

Alv. Fañ. Y tú lo has permitido?

Garc. Tú lo sufres?

Man. El que lo pudo hacer es quien lo hizo.

El Rey así, Alvar Fañez, lo ha mandado:

así, García, Alfonso lo ha querido.

Cuando su voluntad tan declarada

está, como notais vos otros mismos,

ni debe replicar ningun vasallo,

ni puede resistirla sin delito.

Yo por lo menos solo sé que debo
servir y obedecer al dueño mio. *Vase.*

Garc. Vive Dios, que es deshonor, es ig-
nominia (cho,

tal modo de pensar. Pues quién te ha di-

infame adulador, que á su Rey sirve,

quien como tú sus ciegos desvaríos

obedece sin réplica, debiendo

conducirle á un desdoro y precipicio?

Mas ya no es tiempo de esto: ya, Alvar

Fañez,

de Alfonso ves la ceguedad, ya vimos

de esa aliva judía la arrogancia.

Quién seguro estará de sus caprichos?

Quién no debe temer sus osadías?

Será razon, que el castellano brío

obedezca las leyes de una hebrea?

Será justo, que aquellos que nacimos

los primeros del reino, para darle

grandes egemplos, mudos y abatidos

una beldad tirana respetemos?

Y el pueblo que en los dos ha transigido

sus acciones y fueros, será justo

quede sujeto al abandono antiguo?

No, Alvar Fañez: remedio pide el daño.

Al. Fañ. A cuanto quieras, ya me determi-

Garc. Redimamos al pueblo miserable. (no.

Al. Fa. Cuanto pienses y digas te confirmo.

Garc. Libertemos á Alfonso de este encanto.

Al. Fa. Mi vida ofrezco, para conseguirlo.

Garc. Mas se debe excusar todo alboroto,

no parezca motin, el que es oficio.

Al. Fa. A cuanto dispusieres, me resuelvo.

Garc. Pues si tú me acompañas, hoy consigo
eternizar el nombre castellano
con la violenta empresa, que medito:
y verá el mundo en mí, cuando contem-
los efectos, que ya me pronostico, (ple
la mayor lealtad en la osadía;
pues hay casos tan raros y exquisitos,
en que es mas fiel el menos obediente,
y mas leal, el que es menos sumiso.

JORNADA TERCERA.

*Salen Hernan García, Alvar Fañez, y
Castellanos.*

Cast. 1. Este descuido, Hernando, esta des-
es el alivio, que esperar debiera (dia
un reino, que tan graves infortunios
padece?

Cast. 2. Así se cumplen las promesas,
en cuya fe libraba su esperanza
el pueblo castellano?

Cast. 1. Qué torpeza,
Alvar Fañez, oprime los alientos
en tan fuerte ocasion?

Cast. 2. Qué indiferencia
tan odiosa en tan grande coyuntura
os suspende? Sabeis que Raquel reina
Que Alfonso de su encanto seducido
mas que nunca á su arbitrio se sujeta
Que el trono de Castilla venerable
ocupa ya Raquel? Que la sentencia
del general destierro del hebreo
está ya revocada? Que con fiestas
celebra el israelita, y con aplausos
por Toledo su triunfo y nuestra mengua
Es este de Raquel el exterminio?

Esas, Hernando, son vuestras ofertas
Sabeis, que á su rigor quedan expuestas
los vasallos de Alfonso? Qué violencia
no intentará, creyéndose ofendida
Quién seguro estará de su soberbia
Para esto conspiró vuestro denuedo
Así se logra al fin? No, no consiente
nuestro valor ultrage tan indigno:
muera Raquel: quien por leal se renga
abrace la ocasion de acreditarse.
Y pues se advierte tanta indiferencia
en los nobles, la hazaña, que á otros
de la abtida plebe empresa sea.

Al. Fa. No así culpeis de omiso, castellanos, mi valor. Presumís que la nobleza descuidar puede sus obligaciones? Juzgais que del plebeyo las miserias puede ver, sin que exponga en su remedia toda su autoridad? Ya está resuelta (dijo) la ruina de Raquel: vuestros enojos sean el instrumento: de la empresa ha de ser Alvar Fañez el caudillo.

Echando mano á la espada, y pasándose al bando de los castellanos.

Muera Raquel: armada la invicta diestra, castellanos, y acabe esta ignominia de una vez nuestro acero.

Castellanos echando mano á las espadas.
Muera, muera.

Gar. A dónde así correis precipitados?
Deteniéndolos.

Qué furor os impele? Qué imprudencia os obliga á tan grande desacierto?

Así rompeis de la naturaleza las leyes sacrosantas? De españoles se creará acción de tanto oprobio llena?

Así de este lugar los privilegios se traspasan, profanan y atropellan?

Sabeis la inmunidad de aqueste sitio?

Sabeis, que el cielo y la razon condenan á quien le pisa menos reverente?

Y tú, Alvar Fañez, que advertir debieras mejor la gravedad del desacato, así llevarte de su furia dejas?

Qué es esto, castellanos valerosos?

Reportaos: el limpio acero vuelva á su lugar; que males de esta clase los remedia el consejo, no la fuerza.

Al. Fa. Tú, Fernando, te opones al intento?

Cuando en la muerte de esa vil hebreá tratamos de la vida del monarca, así el hecho acriminas y motejas?

Fernando, esto es lealtad.

Gar. Quién os ha dicho, ó multitud ilusa, que se pueda ofender á Raquel, sin que de Alfonso la autoridad y pundonor padezcan?

Al. Fa. Pues si Raquel á Alfonso tiraniza, quien quebranta sus hierros y cadenas, quien á su Rey liberta de un desdoro, no obra como leal?

Gar. Y quien intenta, que un delito castigue otro delito,

obra con equidad y con prudencia?

No obscurezcáis así vuestras hazañas: confiésoos la razon de vuestras quejas: no niego de Raquel la tiranía.

Yo mismo sus excesos y violencias acabo de sufrir, el miserable estado de la plebe las vocea.

Las naciones extrañas, todo el mundo, que el castellano imperio considera, piden satisfaccion. Yo, yo entre tantos soy, el que mas que todos la desea.

Pero ni yo, ni el mundo, ni el estado podremos aprobar, que se cometa contra el honor de Alfonso un desafuero.

Y cuál será la vil cobarde diestra, que se atreva á esgrimir la injusta espada contra Raquel? Será gloriosa empresa de un castellano acero, cuyos filos fueron horror de huestes agarenas, teñirse con la sangre desdichada de una infeliz muger? Será proeza?

Alv. Fañ. Qué mudanzas son estas? Tú, Fernando,

en este mismo instante no confiesas la justicia y razon que nos asiste?

No eres tú, quien dispone y quien ordena de este mal el remedio? Para el hecho tú mismo con tus voces no me alientas?

Cómo, pues, ya te opones?

Gar. Engañado

enormemente estás, si acaso piensas Alvar Fañez, que puedo retraerme de este intento jamas. Vida y hacienda, tranquilidad, y todos cuantos bienes tiene el humano ser, al punto diera por redimir á Alfonso y á Castilla.

A esta plausible, á esta gloriosa empresa os animé; para esto con vosotros conspiró mi lealtad: mas con reserva del decoro del Rey, que es en los nobles el cuidado primero.

Alv. Fañ. Pues nos queda, para lograr el fin, otro recurso? resta algun otro medio?

Gar. Sí, otros restan.

Y cuanto otros no hubiera, quién haría uso del que decís, que leal fuera?

Alv. Fañ. Quien vea, que sus voces no se escuchan, que sus ruegos é instancias se desprecian,

y que es su tolerancia y su silencio
fomento del rigor y la soberbia.

Gar. Y esa razon excusará el delito?

Alv. Quien culpe nuestra accion tambien es
confiese, que con ella se redime (fuerza,
de este reino el baldon, del Rey la afrenta.

Gar. Y esto no podrá hacerse sin que man-
el castellano nombre accion tan fea? (che

Al. Fa. Cualquiera menos fuerte será inútil:
tú, Fernando tú tienes la experiencia.

Gar. Clausuras hay, que roben á los ojos
de Alfonso el fuerte hechizo que los
ciega.

Alv. Fañ. Y no habrá aduladores que des-
cubran,

mérito haciendo de la diligencia,
el lugar donde esté, por mas remoto
que se procure? La voraz hoguera

de amor no deshará muros altivos,
recios candados, y robustas puertas?

Gar. Paisés hay extraños y remotos,
en que Raquel sepulte su belleza.

Alv. Fañ. Si á un amante vulgar nada
contiene; (tenga?

qué habrá, que á un Rey amante le con-

Gar. El presidio, que entrando va en To-
pudiera acaso... (ledo,

Alv. Fañ. Así las tropas nuestras
agravia, quien las vió obrar tantas veces?
Son forzadas, venales ó extrangeras?

No son gente escogida en los concejos
de Adaja, de Arlanzon, y de Pisuerga?

Gar. Qué en fin estais resueltos, castellanos?

Cas. Querernos contener, es vana empresa.

Gar. Pues supuesto que estais determina-
y no es posible haceros resistencia, (dos,
solo pretendo, suspendais la furia

un breve espacio. Doble culpa fuera,
atreverse á Raquel, estando Alfonso

preente á sus ultrages: ni pudiera
vuestra intencion acaso conseguirse,

si por ventura Alfonso á comprenderla
llegase. Y pues que suele con el noble

recreo de la caza partir treguas
en la guerra de amor, esta oportuna

ocasion esperad, porque con ella
vuestra accion se asegure, y que de Alfon-

menor sea el dolor, menor la ofensa. (so

Alv. Fañ. Discurre bien, Garcia, y por-
que notes,

que solo el bien del Rey hoy nos alienta,
y de Alfonso el honor, suspenderémos
por ahora el intento: mas se entienda,
que ha de morir Raquel precisamente.

Ca. 2. Dispon cuanto juzgares que conven-
como á verter su sangre se dirija. (ga,

Alv. Fañ. Sí, castellanos: su maldad pe-
rezca.

Vanse Alvar Fañez y Castellanos.

Gar. Oñera multitud, cómo se engaña,
quien sobre tí tener arbitrio piensa!

Mas, pues he suspendido los enojos,
aprovechemos la ocasion estrecha.

Sepa Alfonso el peligro á que su ciego
amoroso delirio tiene expuestas

su autoridad, y de Raquel la vida:

que por ventura, si á saberlo llega,
de sí la apartará, por libertarla.

De esta suerte Castilla se sosiega:

de Alfonso no padece el real decoro:

su vida esa infeliz tambien conserva;

que aunque tan ofendido y agraviado

me tiene, esto le debo á mi nobleza.

Sale Manrique.

Man. Mucho siento, Garcia, haber de darte
un disgusto y pesar.

Gar. ¡Qué necio fuera,

quien esperara ménos que pesares

en tan infames dias, en que rina

la iniquidad, y están entronizadas

la maldad, la injusticia y la violencia!

Dí, Manrique, cuál es: nada me asusta:

nada me admira ya.

Man. Raquel ordena,

salgas hoy de Toledo desterrado.

Gar. Desterrado? Y por qué?

Man. Porque fomentas

sediciones contra ella, y...

Gar. Sella el labio:

porque me irrita mas que tú te atrevas

á proferir calumnias semejantes,

que el proceder injusto de esa hebrea.

Yo muevo sediciones? Vive el cielo, (ga,

que miente quien lo dice, y quien lo pien-

Qué hubiera sido de la infame sangre

de esa muger, si yo leal no hubiera

conteni lo los ánimos feroces,

que ya volaban á saciarse de ella? (do?

Quién es, quien de su vida ha sido escu-

Y quién acaba de...? Pero qué necias

satisfacciones? Dí á Raquel, que Hernando dice que tiene Rey á quien venera: que solo sus preceptos obedee: que los demas los oye y los desprecia; y que no es de la clase desdichada de aquellos que por medio de vilezas pretenden sus aumentos, como hace alguno de su crédito con mengua. Y dila, que si juzga que en Toledo incomodarla puede mi asistencia, está muy engañada: que entre tanto que ella su perdicion busca y fomenta, busco yo modos de librar su vida de los continuos riesgos que la cercan: que vele sobre sí, pues de contrarios poderosos la cólera resuelta contra su vida se arma nuevamente.

Débame esa cruel esta advertencia: corresponda á un agravio un beneficio: que así, Manrique, Hernan García se

Man. Mi obligacion, Hernando... (venga.

Gar. La de un noble,
y la de un castellano fiel debieras
mirar mejor.

Man. Los Laras de leales
siempre fueron espejo.

Gar. Bien lo prueba,
el haber entregado á Alfonso en Soris
de su tirano tío á la tutela.

Nuño Almexi, que supo rescatarle,
dirá vuestros elogios.

Man. Fué violencia.

Gar. Conveniencia diriais propiamente,
pues os valió del reino las tenencias.

Man. Siempre Laras y Castros se estimaron.

Gar. Mi padre lo diria, si viviera:
de quien, porque en la vida no pudisteis,
la venganza tomasteis en la huesa.

Man. Pero yo de vos siempre...

Gar. El enemigo
habeis sido: ya sé vuestras cautelas:
ya sé, cuánto me honrais: ya lo compren-
y supuesto que el Rey aquí se acerca (do
con Raquel, repetid vuestros oficios,
reiterad sumisiones é indecencias,
obsequios afectad interesados; (da
mientras yo espero á Alfonso, donde pue-
darle avisos, que mas á mi honor cuadren:
que liberten su solio de una ofensa:
que sosieguen disturbios y alborotos;

que ésta es mi lealtad, esa es la vuestra.

Vase.

Man. Corrido estoy.

*Salen Alfonso, Raquel, Ruben y acom-
pañamiento.*

Raq. En fin determinado *Llorando.*
eiais, Señor, á hacer mas placenteras
las orillas del Tajo, con pisarlas
en medio de los sustos que me cercan?

Alf. Sí, Raquel. Mas tú lloras? Tú suspiras?
Qué temes, Raquel mia? Qué recelas?
No mandas ya en Castilla? No se rigen
á tu arbitrio mis reinos? Ya tu diestra
no es el móvil de todo? En mis dominios
no te obedecen todos y respetan?
No tienes ya poder para vengarte,
si hay alguno tan necio que te ofenda?
No reinas como siempre en mi alvedrío?
Tus órdenes Toledo no venera?
Y en fin, no eres de todo el absoluto
dueño?

Raq. Si, Alfonso; y solo así pudiera
contemplarse de vos menos indigna
mi humildad. Hoy, señor, vereis que a-
cierta

amor en la eleccion que de mí hace,
y que no siempre son sus obras ciegas.

Alf. Sí, Raquel mia: amor te ha coronado.
Y porque tengas desde luego pruebas
de la estabilidad de tu gobierno,
y cuan segura estás aun en mi ausencia,
al placer ordinario de la caza
intento no negarme. Nuevas fuerzas
á las guardias se aumenten de palacio
á mayor prevencion. Así de echa,
Raquel hermosa, esos recelos vanos,
que te causan pesar. Contigo queda
el alma que te adora; y pues me brindan
del Tajo ya las plácidas riberas,
á Dios, bella Raquel.

Vase Alfonso con el acompañamiento.

Raq. El cielo os guarde.

Cuánto, ay de mí, que os ausenteis me
pesa!

Qué es esto, congojado pecho mio?

Corazon, qué temor te desalienta?

Qué suscesos te atribulan? Ya Castilla,
á mi arbitrio no rinde la obediencia?

Pues, corazon, qué graves sobresaltos
son los que te combaten, y te aquejan?

Sin duda debe ser, que como el cielo no te crió para tan alta esfera, como es el solio regio, mal se halla tu natural humilde en su grandeza. Tomen egemplo en mí los ambiciosos, y en mis temores el soberbio advierta, que quien se eleva sobre su fortuna, por su desdicha y por su mal se eleva. Mas cómo así me agravio neciamente? Mi valor, mi hermosura, las estrellas, el cielo mismo, que dotó mi alma de tan noble ambicion, y la fomenta, no confirman mi mérito? ¿Pues cómo me puedo persuadir, que exceso sea de la suerte el supremo, el alto grado, en que está colocada mi belleza! El frívolo accidente del origen, que tan injustamente diferencia al noble del plebeyo, ¿no es un vano pretexto que la mísera caterva de espíritus mezquinos valer hace contra las almas grandes, que en las pre-conque las ilustró pródigamente (das el cielo, las distingue y privilegia? No hay calidad, sino el merecimiento: la virtud solamente es la nobleza.

Sentándose.

Esto supuesto, habeis, Ruben, mandado disponer mis decretos?

Rub. Ya la hebrea

nacion por mí las gracias te tributa, por lo mucho, Raquel, que te interesas en su alivio. Los pechos que pagaba, los servicios, las cargas y gavelas están ya suspendidas, y dispuesto el reintegro tambien de todas ellas á costa del erario, como mandas; y porque éste tampoco así padezca, al pueblo castellano se duplican los impuestos.

Raq. ¿Razon acaso fuera, que cuando de este reino los vasallos en riquezas abundan y en haciendas, repartiase con pobres extrangeros, cuya industria y trabajo son sus rentas, las cargas del estado? Fuera injusta política.

Rub. Tambien, segun ordenas, el bando se ha dispuesto, que prohibe, que dentro de Toledo nadie pueda

armas traer sin el real permiso: y aunque con la noticia descontenta está la gente ardiente y belicosa, viéndose desarmar, que efecto tenga el mandato á su tiempo, no lo dudes.

Raq. Así se humiliará tanta soberbia.

Rub. Las cabezas del público alboroto se buscan; pues se sabe con certeza, que no le fomentó Fernan García, para que se haga un escarmiento en ellas.

Raq. Está bien: mas de Hernando las au-se deben castigar. (dacias

Rub. Ya le destierras.

Man. Y yo, Raquel, que le he notificado el orden, soy testigo de la fiera altivez, conque á tí y á tus decretos vilipendió.

Ra. Pues luego se le prenda: *levantándose.* como á reo de estado se le trate, y probada su torpe inobediencia, hoy le vea Toledo en un cadalso, donde á un verdugo rinda la cabeza.

Rub. Corto castigo á tanta demasia. Aqueso sí, Raquel: todo perezca, cuanto á tu elevacion contradijere, cuanto preda oponerse á tu grandeza. Haz que Castilla sienta tus rigores: de sangre criminal las calles riega: no quede castellano sospechoso, que no adore tu planta, ó que no muera.

Raq. Cómo adulan mi oido esas palabras? cómo, Ruben...?

Cast. dent. Sin nota de vileza ya sufrir mas la lealtad no puede.

Raq. Ruben, qué nueva confusion es esta?

Gar. dent. Reportaos, castellanos: no desdore

vuestra fama y renombre accion tan fea.

Cast. dent. Es tiranía, ya sufrir no puede la lealtad sin nota de vileza.

Man. Voces del pueblo son alborotado.

Raq. Del pueblo? qué pretende?

Rub. Acaso intenta demostrar con su pública alegría, que en tus elevaciones se interesa.

Cuánta fuerza me hago al pronunciarlo?

Mucho temas, Ruben: mucho recelas.

Raq. Ha de la guardia Pero qué es aquesto? Nadie me oye? Ay de mí! Todos me dejan?

Examina la causa de este exceso,
Manrique.

Man. Al Rey con la mayor presteza
buscaré; que sabiendo tanto insulto,
volará á remediarle.

Raq. Ya mas cerca
el rumor se oye.

Cast. dent. Ya sufrir no puede
la lealtad sin nota de vileza. (todo

Rub. Ay de mí! qué es aquesto? el pueblo
segunda vez se arma en nuestra ofensa.

Dónde me esconderé, que el riesgo evite?

Ra. Ay de mí tritel! qué desdicha es esta?

Qué es aquesto, Ruben? No has escuchado?

Rub. Estas son las funestas consecuencias,
que por mas que e forzaba el artificio,
temí de mi ambicion y tu soberbia.

Del extremo peligro en que nos vemos,
ella ha sido la causa: considera

el triste fin, que las maldades tienen,
y huye de tanto riesgo, como puedas.

No pongas mas en mí la confianza,
que no valen ya astucias ni cautelas.

Vase.

Raq. O caduco traidor! Qué tarde llego
á conocerte! Tus inicuas reglas,
tus consejos mi mal han producido.

Y ahora de mí huyes, y me dejas?

Mas ay de mí! O Alfonso descuidado,
con cuán justa razon horé tu ausencia!

Qué haré? dame remedio ingenio mio.

Mas, ay! qué la atrevida voz sangrienta
entre quejas me intima mi desgracia,
diciendo, que el sufrir es ya vileza.

Ya el tirano cuchillo que el airado
brazo contra mí esgrime, me amedrenta,
y ya parece, que en copiosas fuentes
el humor se desata de mis venas.

Qué horrorosa es la imagen de la Parca
á un alma enamorada! O quién pudiera
revocar con el aire de un suspiro

á Alfonso! Pero ya que se decreta (le,
mi muerte, el contemplar, que es por amar-
menor hace el dolor, menor la pena.

Y vosotros, ministros injuriosos
de la ferocidad y la inelemencia,
llegad apresurados. Qué os detiene?

Dad la muerte á Raquel, que ya la es-

Sale García. (pera.

Gar. La vida vengo á darte, no la muerte;

aunque no fuera extraño lo temieras
cuando ofendes mi honor con tanto ul-
traje.

El pueblo, ya lo escuchas, la sentencia
fulmina contra tí, y en mil espadas
te amenaza la muerte: su fiereza
ni atiende mi valor, ni mi respeto.

La misma guarnicion, que en tu defensa
ha llegado, comun hace la causa.

Tomadas están ya todas las puertas,
para lograr su intento. Yo, que á Alfonso

venero con la fé mas verdadera,
que cuido del honor de su corona,

y solo sus servicios me desvelan;
cuando todos tu muerte solicitan,

guardo tu vida; mi lealtad atenta,
al salir á la caza, le esperaba,

para aviarle de la torpe y fiera
resolucion del pueblo; mas él ciego,

por adular tu indignacion proterva,
no solo no me oyó; pero ni quiso

admitirme siquiera á su presencia.

Y aunque pudo el desaire retraerme
de mi designio, válgate el ser prenda

de mi Rey y Señor; el ser yo noble;
el ser leal vasallo: mis querellas

personales pospongo á su decoro:
que esto manda el honor y la nobleza.

Raq. Cómo, aléve, traidor?....

Gar. Raquel, no es tiempo
ni de satisfacciones ni de quejas.

Yo soy leal; jamás tu muerte quise,
y si lo quieres ver, tienes la prueba.

Resúelvete, Raquel: á esos jardines
de la torre vecina da una puerta,

que el no uso tiene ya casi olvidada:
criados y caballos, que me esperan,

prevenidos están: el inminente
riesgo salvemos: demos así treguas

á que volviendo Alfonso, se remedie
tan grave mal.

Raq. Ya alcanzo tus cautelas.

Quieres valerte tú de ese artificio,
para hacer tu venganza mas secreta?

Gar. Mira, Raquel, que el tiempo se malogra.

Raq. Muera yo, como nada á tí te deba.

Gar. Advierte, que tu muerte es ya precisa.

Raq. Si te creyese, mas precisa fuera.

Gar. Qué en fin quieres perderte?

Raq. No te escucho.

Gar. No me quieres seguir?

Raq. Esroy resuelta.

Gar. Así mueres sin duda.

Raq. Y si te sigo,
será acaso mi muerte menos cierta?

Ga. Pues si hubiera artificio en mis palabras,
y aspirara á vengarme, no lo hiciera
impunemente por agena mano
en tanta confusion?

Raq. En vano empleas
razones que no pueden persuadirme;
si falsas, porque es bien guardarme de ellas;
y si son verdaderas, porque el hecho
me llena de rubor y de vergüenza. *Vase.*

Gar. Válgame Dios, cómo permite el cielo,
que los malos se cieguen, cuando intenta
castigar sus delitos y maldades?
Pero qué podrá hacer? Ya la violencia
penetra hasta este sitio.

*Salen Alvar Fañez y Castellanos, con
las espadas desnudas.*

Alv. Fañ. Castellanos,
muera aquesta tirana.

Cast. Muera, muera.

Gar. Bárbaros, cuyo insulto á sacrilegio
pasa ya: qué furor os atropella?
No contiene ese solio vuestras iras?
del lugar lo sagrado no os refrena?
Sois castellanos? Sois...?

Cast. 2. Porque lo somos,
de este lugar vengamos las ofensas.

Alv. Fañ. Y porque nos preciamos de leales,
borrar queremos las indignas huellas,
que le profanan con la sangre misma
del sugeto, que obró la irreverencia.

Ea, pues, castellanos, examine
nuestro cuidado hasta las mas secretas
cámaras de este alcazar; y tú, Hernando,
no hagas á nuestro intento resistencia;
pues tu valor expones á un desaire,
y tu fidelidad á una sospecha. *Vase.*

Gar. O ilusion temeraria! en el delito
cifras la lealtad. O quién pudiera
contener el exceso! Mas si á Alfonso
corro á avisar, Raquel expuesta queda;
si en su defensa expongo yo mi vida
podré lograr acaso con perderla,
librar la suya? O extremos infelices!
Si acaso viendo el riesgo, se aprovecha
de mi aviso Raquel? Hacia el postigo

parto veloz con intencion resuelta
de libertarla, aunque mi vida arriesgue.
Pero Ruben...

Sale Ruben.

Rub. O horror! ó muerte! ó tierra!
cómo á este desdichado no sepultas?
Tus profundas entrañas manifiesta,
y esconde en ellas mi cansada vida:
líbrame de los riesgos que me cercan.
Qué susto! qué pesar! nadie se duele
de mí?

Garc. Sí, infame. *Sacando la espada.*

Rub. Tu rigor modera:
ten, Fernando, piedad: no me des muerte.

Gar. Vil consejero, horrible monstruo, fiera,
cuyo aliento mortal inspiró tantas
máximas detestables á esa hebrea,
que por fin su desdicha han producido,
y la tuya tambien; aunque merezcas
bien la muerte cruel, que estás temiendo,
sabe, que aqueste acero en tu defensa
arma mi brazo.

Rub. Cielos, qué he escuchado?

Gar. Y que á Raquel, si el cielo no lo niega,
he de librar á costa de mi vida.

No por ti, infame hebreo: no por ella:
por ser leal: por ser García de Castro,
y porque el mundo por mis hechos vea,
que el noble noblemente ha de vengarse;
y que cuando del Rey el honor me lia,
á su decoro deben posponerse
propios agravios, y privadas quejas. *Vase.*

Rub. O palabras terribles! cuánto engaño
padece aquel que juzga de apariencias!
quién tal creyera de su altanería?

Mas, ay de mí! la débil planta apenas
puedo fijar. Qué sustos, qué congojas
me oprimen! O ambicion cuánto acarreas
de males al que necio te da entrada!
Ya sin duda á Raquel la furia ciega
habrá dado la muerte: ya la mia
se apresura: ay de mí! Pero no es esta?
No es Raquel la que huyendo hácia
quién viene?

ó si evitar pudiese que me viera!

Retírase detrás del solio.

Salz Raquel.

Raq. O muger desdichada! A cada paso
el corazon desmaya, el pie tropieza.
O peligro! ó dolor! De mil espadas

huyendo vengo: ni en la fuga acierta
mi confusion: el miedo me deslumbra.
Ya el tropel se avecina: ya no queda
refugio á mi temor. Lugar sagrado,

Al solio.

cuya ambicion es causa de estas penas,
sed mi asilo esta vez, si otra vez fuisteis
teatro de mi orgullo y mi soberbia:

encubridme á lo menos... mas qué miro?
Tú aquí, Ruben! tú, infame! ya no espera
remedio mi desdicha; pues no pueden,
donde esté tu maldad, faltar tragedias.

Ya ves cómo se lucen tus doctrinas,
maestro infame, que en tu torpe escuela
el arte me enseñaste de perderme.

Castellanos, volad: nada os detenga;
aquí á Raquel teneis, que ya gustosa
morirá, si Ruben muere con ella.

Rub. Cómo, Raquel?... Si el cielo... mas qué
escucho?

Alvar Fañez dentro.

Entrad: no os detengais: romped las puertas
si estorbasen la entrada.

Raq. Ay de mí triste!
qué confusion! qué susto!

*Salen Alvar Fañez, y Castellanos con
las espadas desnudas.*

Castellanos. Muera, muera.

Raq. Traidores.. mas qué digo? Castellanos,
nobleza de este reino, ¿ así la diestra
armais con tanto oprobio de la fama
contra mi vida? Tan cobarde empresa
no os da rubor ni empacho? los ardores,
á domar enseñados la soberbia
de bárbaras escuadras de africanos,
contra el aliento femenil se emplean?
presumís hallar gloria en un delito,
y delito de tal naturaleza,

que complica las torpes circunstancias
de audacia, de impiedad y de infidencia?
á una muger acometeis armados?

el hecho, la ocasion no os avergüenza?

será blason cuando el alarbe ocupa

con descrédito vuestro las fronteras,

convertir los aceros á la muerte

de una flica muger que vive apenas?

qué causa á tal maldad os precipita?

qué crueldad, qué rigor, qué furia es esta?

Alv. Fañ. El hábito, Raquel, de hacer tu
gusto,

y tu misma maldad hacen, no veas
las causas, los principios de este enojo:
bien lo sabes, Raquel: bien lo penetras,
y bien tu disimulo nos confirma
la justicia y razon que nos alienta.

Raq. Pues mi delito es mas, que ser amada
de Alfonso? que pagar yo su fineza?
en cuál de estas dos cosas os ofendo?

está en mi arbitrio hacer que no me quiera?
Si el cielo, si la fuerza de los astros

le inclinan á mi amor, en su influencia,
debo culpada ser? puede el humano
alvedrío mandar en las estrellas?

Mas ya sé, que direis, que mi delito
es el corresponderle. Cuando intenta
la malicia triunfar, ¡ ó cómo abulta
frívolas causas, vanas apariencias!

Pude dejar de amarle, siendo amada?
¿ si un Rey con solo su precepto fuerza
á su imperio, juntando las caricias,
su amor, su halago, las heroicas prendas,
que le hacen adorable, bastaria
algun esfuerzo á hacerle resistencia?

Juzgad con mas acuerdo, ó castellanos:
ved que el enojo la razon os ciega:
remitid esta causa á mas examen:

atended:::

Alv. Fañ. Ya está dada la sentencia.

Raq. Mirad que es la pasion quien la ful-
mina.

Alv. Fañ. No, tirana: tu culpa te condena.

Raq. Qué en fin he de morir? aqueste
llanto...

Alv. Fañ. No nos mueve, Raquel: no tie-
ne fuerza.

Raq. Lo negro de la accion no os horroriza?

Alv. Fañ. Si de la patria el bien se cifra
en ella,

timbre la juzgarán, y si de Alfonso
el honor restauramos, es proeza.

Raq. Y su honor restaurais, cuando atre-
vidos

muerte le dais? sabeis que se aposenta
su alma con la mia? que es mi pecho

de su imágen altar? que de las fieras
puntas que penetraren mis entrañas,

es fuerza que el dolor las tuyas sientan?
no veis que él morirá, si yo muriere?

Alv. Fañ. El rayo del furor la torpe hiedra
abrasará sin que padezca el tronco

que ella aprisiona con lascivas vueltas.

Raq. El amarle llamais?...
Alv. Fañ. Amor te mata;

si él te ofende, Raquel, de amor te queja.

Raq. No, traidores; no alevos; no cobardes, y si porque amo á Alfonso me sentencia vuestra barbaridad, no me arrepiento: nada vuestros rigores me amedrentan.

Yo amo á Alfonso, y primero que le olvi-primero que en mi pecho descaezca (de, aquel intenso ardor conque le quise, no digo yo una vida, mil quisiera tener, para poder sacrificarlas á mi amor. Qué dudais? Mi sangre vierta vuestro rigor. Al pecho, que os ofrezco tan voluntariamente, abrid mil puertas; que no cabrá por menos tanta llama, tanto ardor, tanto fuego, tanta hoguera.

Rub. A lo menos Ruben sin defenderse,
Sacando el puñal.

no ha de morir.

Alv. Fañ. Matadlos. Mas no sea nuestro acero infamado con su sangre. Este hebreo, que el cielo aquí presenta, ha de ser, castellanos, su verdugo. Tú, Ruben, si salvar la vida intentas, pues consejero fuiste de sus culpas, ahora egecutor sé de su pena.

Raq. O cielos, qué linage de tormento tan atroz!

Rub. Yo!...

Alv. Fañ. Ruben, no te detengas,
Poniéndole la espada al pecho.
 si pretendes vivir.

Rub. Pues no hay remedio,
Hiérela.

conserva yo mi vida, y Raquel muera.

Raq. Ay de mí!

Alv. Fañ. Pues está ya herida, huyamos.
Vase Alvar Fañez y castellanos.

Raq. Tú me hieres, Ruben? Tú? Satisfecha no estaba tu maldad con haber sido la causa de perderme: dura pena! sino que eres, infame, el instrumento de mi muerte tambien? Mas no es tu dics-hebreo vil, la que me da la herida: (tra, amor me da la muerte. Qué torpeza mis miembros liga! Amado Alfonso mio, dónde estás? Qué descuido así te aleja? así morir consientes á quien amas?

en tanto mal, á quien te adora dejas? (tel Vuela, Alfonso: Ay de mí! ó amor! ó muerte.
Apoyándose en la silla.

Y tú, ó trono, que causas mi tragedia, ayuda á sostener el cuerpo débil, que el alma desampara: Alfonso, vuela, y recibe este aliento, que el postrero (za es de mi vida. Ay Dios! Qué mal se esfuer- el corazon! Alfonso... amado Alfonso... Qué te detiene? Cómo á ver no llegas?..
Cayendo al pie de la silla.

Salen Alfonso y Manrique escuchando.

Alf. Cierta es ya mi desdicha. Mas qué veo!
Precipitado hácia Raquel.

Raquel! Ay infeliz! Raquel! tú muerta?

Raq. Sí: yo muero: tu amor es mi delito: la plebe, quien le juzga y le condena: Solo Hernando es leal: Ruben, qué ansial me mata: y yo por tí muero contenta.
Muere.

Alf. Ay infeliz de mí! ó amor! ó golpe duro y mortal! ó mano infame y fiera! Raquel mia, mi bien, quién de esta suerte de púrpura tiñó las azucenas? cuál fue el aleve, cuál el fiero brazo, que la flor arrancó de tu belleza? qué tempestad furiosa descompuso tu lozanía? qué envidiosa niebla abrasó los verdores de tu vida? qué venenoso aliento, qué grosera planta infame ultrajó tus perfecciones? quién el cobarde fué, que en tu inocencia ensangrentó el acero? Dueño amado, mi Raquel: no me oyes? tú te niegas á Alfonso? Dadme muerte, penas mias. Contigo glorias los pesares eran, y sin tí ya, qué puedo prometerme, que no sea dolor, pesar no sea? Mas muerta tú, yo vivo, y no te vengo? Qué es aquesto, dolor? Qué es esto, ofesa? Pero no dices tú, Ruben me mata? (sas? Cuál el motivo faé? Pero qué necias mis dudas son, Raquel. Tú, no le acusas? Pues muera este traidor, y con él muera

ran
 cuantos... Mas cielos... O cruel! alarde
Reparando en Ruben.

haciendo estás de tu delito?

Rub. Templá
 el furor un momento, mientras digo,

Alfonso, mi disculpa.

Alf. Puede haberla, traidor, para una accion tan horrorosa?

Rub. De tus mismos vasallos la violencia, el temor de la muerte y su amenaza me han obligado á hacerlo.

Alf. O vil empresa!

Tómale el puñal.

Y esa es disculpa? Amado dueño mio, en venganza recibe de tu ofensa

Hiérole.

la vida de este aleve por primicias de otras muchas. Las lóbregas tinieblas del infierno sepulten tus maldades.

Rub. Quien con ellas vivió, muera por ellas.

Cayendo.

Sale García. Alfonso... Pero qué es lo que estoy viendo?

Alf. La mas infame hazaña, la mas fea, la maldad mas obscura y detestable. Muerta ves á Raquel á la violenta furia de mis vasallos.

Garc. Qué desdicha!

Yo, Alfonso...

Alf. Tu lealtad, y tu nobleza (do, sé ya, Hernando: Raquel la ha publica-

Man. Sí, García: muriendo la confiesa.

Alf. Mas al cielo protesto, que es testigo de accion tan inhumana y tan sangrienta; á los hombres, que el hecho escandaliza al mundo, que le culpa y le detesta, á la fidelidad de los leales, á mí mismo, á ese trono, cuyas regias prerogativas se hallan ultrajadas, y á tí, ó Raquel, que con tu sangre riegas de este lugar el trágico distrito, la mas atroz venganza; porque vean,

los que tengan noticia de la injuria, que si hubo quien osase cometerla, tambien hubo quien supo castigarla. Venganza, amor: quien te ha ofendido, muera.

Salen Alvar Fañez y Castellanos.

Alvar Fañez de rodillas.

Dices, Alfonso, bien; y si pretendes satisfaccion tomar de esta, que ofensa acaso juzgarás, y por servicio reputamos nosotros, las cabezas á tus pies ofrecemos, que no importa morir, cuando tu honor vengado queda.

Alfonso poniendo la mano en la espada.

Cómo, traidores?... Cómo, desleales?...

Gar. Señor, si con vos tiene alguna fuerza *Deteniéndole.*

mi ruego, reprimid vuestros enojos; á la justicia remitid la queja:

Mirad, señor, que el zelo los disculpa.

Alf. Tienes razon que el santo cielo ordena, por mas atroz que sea su delito, que quien lo cometió, disculpa tenga. Yo tu muerte he causado, Raquel mia: mi ceguedad te mata: y pues es ella la culpada, con lágrimas de sangre lloraré yo mi culpa, y tu tragedia. Yo os perdono, vasallos, el agravio: alzad del suelo, alzad: sirvaos de pena contemplar lo horroroso de la hazaña, que emprendisteis en esabeldad muerta.

Todos. Confusion y dolor causa su vista,

Garc. Escarmiente en su egemplo la soberbia:

pues cuando el cielo quiere castigarla, no hay fueros, no hay poder que la defienda.

FIN.

VALENCIA:

Imprenta de Domingo y Mompié.

1824.

En la misma imprenta y librería se hallarán un gran surtido de comedias antiguas y modernas, tragedias, sainetes y unipersonales, por mayor y menor.

EN DICHA LIBRERÍA SE HALLARAN LAS COMEDIAS SIGUIENTES.

- 73 *Abristela y Lisidante.*
 223 *A falta de hechiceros lo quieren ser los Gallegos, y asombro de Salamanca.*
 29 *Afectos de odio y amor.*
 25 *Agradecer y no amar.*
 165 *A lo que obligan los zelos.*
 98 *Amado y aborrecido.*
 102 *Amar despues de la muerte.*
 59 *Amigo, amante y leal.*
 164 *Amor, astucia y valor.*
 194 *Amor y virtud á un tiempo.*
 196 *Antes que todo es mi Dama.*
 17 *Argenis y Poliarco.*
 21 *A secreto agravio secreta venganza.*
 60 *Basta callar.*
 167 *Bien vengas mal.*
 115 *Caer para levantar.*
 186 *Cada cual á su negocio.*
 108 *Cada uno para sí.*
 14 *Caprichos de amor y zelos.*
 150 *Cárlos Quinto sobre Tunez.*
 2 *Casa con dos puertas mala es de guardar.*
 105 *Céfalo y Procris.*
 228 *Cómo á Padre y como á Rey.*
 204 *Como han de ser los amigos, y el Non Plus Ultra de la amistad*
 92 *Con quien vengo, vengo.*
 163 *Contra valor no hay desdicha.*
 54 *Cuál es mayor perfeccion.*
 196 *Cuando no se aguarda, y Principe tonto.*
 113 *Dar la vida por su Dama.*
 80 *Darlo todo y no dar nada.*
 67 *Dar tiempo al tiempo.*
 183 *David perseguido, y montes de Gelboé.*
 265 *Defensa de Barcelona por la mas fuerte Amazona.*
 144 *Del Cielo viene el buen Rey.*
 53 *De una causa dos efectos.*
 71 *Dicha y desdicha del hombre.*
 161 *Duelos de amor y desden, en papel, cinta y retratos.*
 104 *Duelos de amor y lealtad.*
 259 *Donde hay agravios no hay zelos, y Amo Criado.*
 195 *Eco y Narciso.*
 179 *El Amor mas desgraciado, Céfalo y Procris.*
 181 *El Amor mas verdadero.*
 521 *El Arca de Noe.*
 195 *El Asombro de Turquía, y valiente Toledano.*
 153 *El Asombro de Jerez y terror de Andalucía, D. Agustin Florencio.*
 232 *El Asombro de Jerez. Juana la Rabicortona.*
 22 *El Astrólogo fingido.*
 41 *El Ayo de su Hijo.*
 162 *El Bandido mas honrado y que tuvo mejor fin, Mateo Vicente Benet.*
 324 *El Baron.*
 217 *El Bruto de Babilonia.*
 188 *El Cain de Cataluña.*
 273 *El Calderero de San German.*
 130 *El Cascabel del demonio.*
 106 *El Castillo de Lindabridis.*
 206 *El Catalan Serrallonga, y Bandos de Barcelona.*
 171 *El Cerco de Roma por el Rey Desiderio.*
 122 *El Conde Alarcos.*
 128 y 129 *El Conde de Saldafia, y hechos de Bernardo dei Carpio. Dos partes.*
 45 *El Conde Lucanor.*
 156 *El Defensor de su Agravio.*
 46 *El Delincuente honrado.*
 211 *El Divino Nazareno Sanson.*
 252 *El Dómine Lucas.*
 40 *El Encanto sin encanto.*
 256 *El Ermitaño galan, y Mesonera del Cielo.*
 84 *El Escondido y la Tapada.*
 125 *El Falso Nuncio de Portugal.*
 301 *El Galan fantasma.*
 83 *El Garrote mas bien dado, y Alcalde de Zalameda.*
 119 *El Genizaro de Hungria.*
 47 *El Golfo de las Sirenas.*
 42 *El gran Príncipe de Fez, D. Baltasar de Loyola.*
 43 *El Hijo del Sol Faeton.*
 229 *El Honor da entendimiento y el mas bobo sabe mas.*
 230 *El Honor es lo primero.*
 55 *El Jardin de Falerina.*
 263 *El Job de las mugeres, Santa Isabel Reina de Ungria.*
 168 *El José de las mugeres.*
 148 *El Juramento ante Dios.*
 33 *El Laurel de Apolo.*
 181 *El Licenciado Vidriera.*
 117 *El Maestro de Alejandro.*
 26 *El Maestro de danzar.*
 218 219 220 221 y 222. *El Mágico de Salerno, cinco partes.*
 68 *El Mágico prodigioso.*
 205 *El mas heroyco Español, lustre de la antigüedad.*
 200 *El mas tímido Andaluz, y guapo Francisco Estevan.*
 262 *El mas valiente Andaluz, Antonio Bravo.*
 13 *El mayor encanto amor.*
 19 *El mayor Monstruo los zelos, y Tetrarca de Jerusalem.*
 111 *El Médico á palos.*
 16 *El Médico de su honra.*
 137 *El Milagro por los zelos, y Don Alvaro de Luna.*
 39 *El Monstruo de los jardines.*
 176 *El Montañés Juan Pascual.*
 125 *El Negro mas prodigioso.*
 179 *El Ofensor de sí mismo.*
 134 *El Pintor fingido.*
 257 *El Polifemo.*
 37 *El postrer duelo de España.*
 12 *El Príncipe constante, y Mártir de Portugal.*
 143 *El Príncipe de los montes.*
 154 *El Príncipe prodigioso y defensor de la Fe.*
 199 *El Príncipe Villano.*
 3 *El Purgatorio de San Patricio.*
 166 y 167 *El Rayo de Andalucía y Genizaro en España. Dos partes.*
 329 *El Rencor mas inhumano de un pecho alevoso y tirano, ó la Condesa de Jenovitz.*